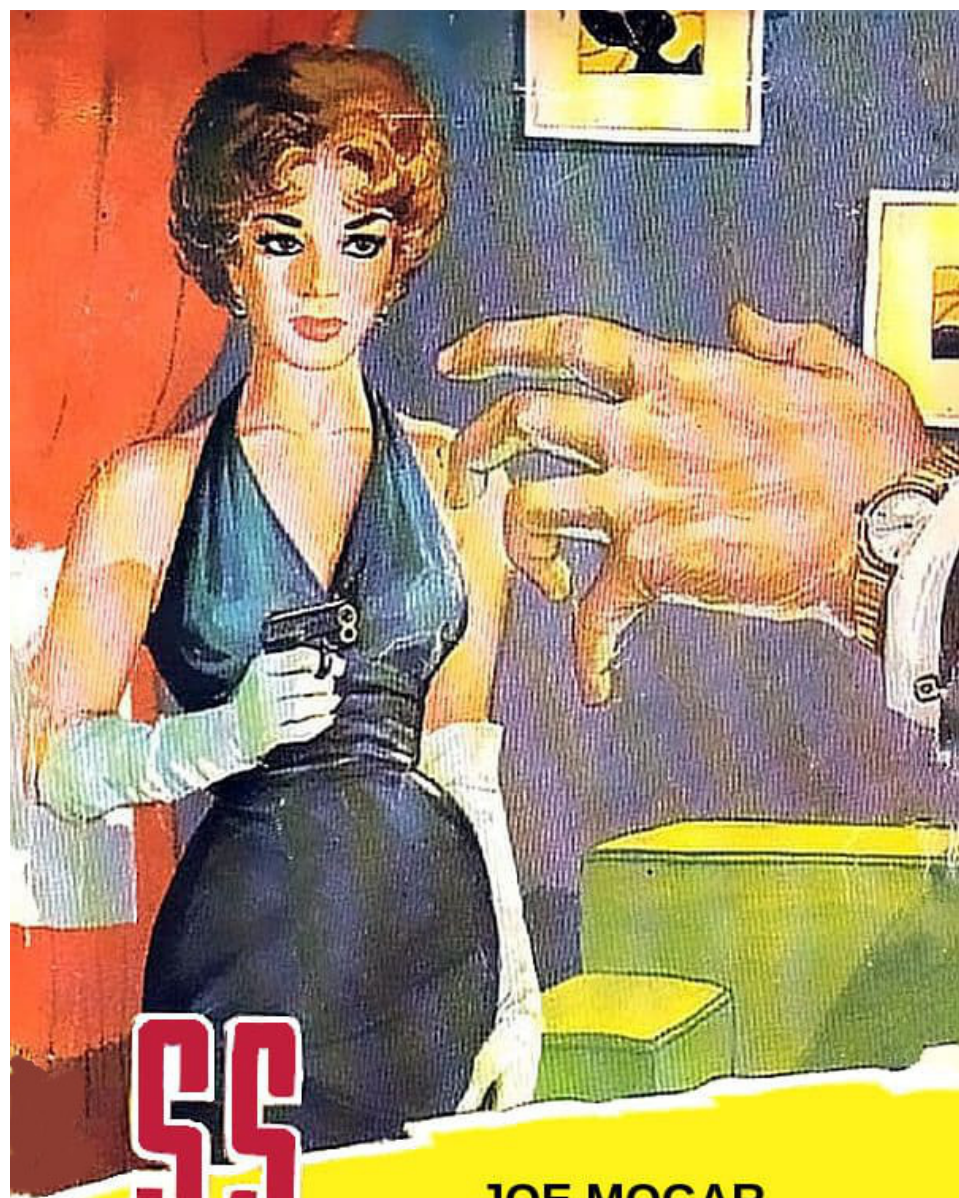




SS

**SERVICIO
SECRETO**

JOE MOGAR
NO DISPARES,
PRECIOSA

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

LÁZARO

DE

TORMES.



Joe Mogar

No dispares, preciosa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 575

ePub r1.0

Lds 25.08.17

Título original: *No dispares, preciosa*

Joe Mogar, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Joe Mogar

No dispares, preciosa

1ª. EDICIÓN

agosto-1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

***¡No dispares,
preciosa!***

***por
JOE MOGAR***



CAPÍTULO PRIMERO

Eso fue lo primero que dijo Harry Stivens cuando la vio aparecer por aquella puerta.

Pero antes la había mirado. Era simplemente una Venus, con mayúscula, en edición de bolsillo, con minúscula. Estaba parada frente a él, con un «deshabillé» de nylon completamente transparente, debajo del cual no había nada.

Pequeñita, ya que su estatura era algo inferior a la normal, pero llena de curvas maravillosas y de suaves redondeces. Tanto es así, que Stivens se atragantó.

¡Y qué piernas, diablos!

Esto se lo dijo en el acto de verla, y antes de reparar en lo otro. Después continuó mirando su alto y prieto busto, la estrecha cintura y las maravillosas y suaves caderas.

Y sintió lástima de que ella estuviera de perfil, pero sólo la cara, presentándole un lado de ella, lo mismo que si se tratara de la luna. Y Stivens admiró este perfil. La frente amplia y despejada, la nariz recta, la boca algo grande de labios rojos y carnosos que parecían invitar al beso...

Adivinó más que vio sus ojos, color verde oscuro, rimando perfectamente con su largo cabello castaño que le caía sobre sus hombros en rizada cascada velando un tanto el marfileño blancor de ellos.

Estaba aterrorizada. Esto era obvio para Stivens. No tenía más que ver la palidez de su rostro y el gesto de su boca, amén de la rigidez de sus nervios... y ¡la pesada y poderosa «Luger» que llevaba en la mano!

Y todo por él, como si fuera algún delito el que un hombre entrara por la ventana de una casa para saquearla. Pero no para

saquear la caja de caudales contando con que la hubiera, ni los cubiertos de plata u otros objetos de valor, sino simplemente la despensa, que era algo muy diferente, ¡caramba!

Stivens pensó en el acto que le gustaría mucho tener un espejo a mano para poderse mirar en él, y saber a ciencia cierta si su aspecto era tan patibulario como la expresión de ella daba a entender.

Todo esto en un solo segundo, ya que al siguiente de verla completamente inmóvil en el centro de la puerta, Stivens lo soltó, dispuesto a saltar contra ella si el caso lo requería:

—¡No dispaes, preciosa! —dijo.

Y ella se estremeció. Luego, con la misma expresión de terror en su semblante, pero procurando siempre que él no le viera el rostro nada más que de perfil, avanzó hacia la mesa. Stivens miró la «Luger» pensando que contrastaba enormemente con el frágil aspecto de la mujer, que parecía una muñeca de porcelana, delicada en extremo, y próxima a romperse.

Volvió a mirar las maravillosas extremidades de ella y se puso en pie. La expresión de la muchacha no cambió. Simplemente levantó la cabeza para mirarle y contestó:

—No... no voy a hacerlo. Puede seguir comiendo... si tiene hambre.

Y tomando una silla se sentó frente a él. La «deshabillé» de nylon se abrió por el centro cuando ella cabalgó una pierna encima de la otra y Stivens suspiró ruidosamente clavando sus ojos en la cara de ella.

¡Y la vio como siempre, de perfil! ¡El perfil de mujer más perfecto que viera en su vida, sin contar, claro con lo otro que había visto anteriormente!

Y tenía los ojos verdes. Sucios como las aguas del mar en un día tempestuoso. Y le estaban mirando atentamente, sin que por ello perdieran su expresión aterrorizada.

Stivens se preguntó por qué, ya que la actitud de ella hacia él no era la que creyó al principio de verla.

Repentinamente se le quitaron las ganas de comer. E hizo ademán de avanzar hacia la puerta y ella, presentándole el mismo lado de la cara, la volvió hacia él. Stivens la miró deteniéndose en seco.

—¿Quién es usted?

Forzó una sonrisa que no le salió del todo mal y replicó:

—Simplemente un hombre que tiene hambre, *miss*. Por eso entré en su casa. Para comer un poco. Había una ventana abierta y...

Ella movió las piernas y Stivens notó en el acto que sus ideas se tomaban oscuras.

—«¡Diablos con la castaña!» —rezongó para sí mismo.

Y calló en espera de que ella dijera algo. Y lo hizo. Desde sus primeras palabras, Stivens tuvo la intuición de que se iba a meter en otro lío, como si no tuviera bastante con el suyo propio:

—¿Cuánto pide por ayudarme?

—No la entiendo, *miss*.

—Stella Deale es mi nombre —y no preguntó por el suyo, sino que siguió rápidamente—: Estoy dispuesta a pagarle bien si lo hace. El asunto para mí es desesperado —y Stivens notó en su voz el mismo terror que vela en aquél hermoso perfil—. Venga conmigo y se lo explicaré.

Se puso en pie y entonces Stivens sintió curiosidad al ver en la forma como maniobró ella para seguir presentándole el mismo lado de la cara.

Y no se movió. Simplemente se limitó a preguntar:

—¿Qué le hace suponer que podré ayudarla? ¿Por qué se confía a mí, a un hombre que acaba de ver, y que además ha asaltado su casa? ¡Vamos, muchacha! ¿Qué intenta? ¿Jugar conmigo?

Ella agrandó el único ojo que él veía y su expresión se hizo aún más aterrorizada.

Después sacudió con violencia la cabeza y Stivens vio la mata de pelo castaño enroscándose como sierpes en torno a su alabastrina garganta.

—Usted... usted... —Y se encogió de hombros—. Tiene que ayudarme. Le daré un montón de dólares... por ello. Debo confiar en alguien y...

Calló. El terror no la dejaba discurrir con coherencia y Stivens juzgó oportuno no insistir y dejarla hacer, aunque sólo fuera con el fin de enterarse de una vez a dónde quería ir a parar, y cuál era la causa de su terror.

Fue a replicar al respecto pero la Venus de bolsillo se adelantó a él diciendo:

—Dijo que tenía hambre y que por eso entró. Yo...

—Puede llamar a la policía, *miss* Deale, no pienso ni huir, ni agredirla para impedir...

Y ahora fue él el que calló cuando el terror de ella se hizo tan intenso que era completamente imposible transcribirlo.

—No..., no puedo llamar a la po... licia —dijo tartamudeando—. No... puedo hacerlo. ¿Vie..., viene?

Su mismo miedo, el hecho de que no se diera cuenta de que apenas si llevaba ropa encima, si es que aquella «deshabillé» se podía llamar así, le dio a entender a Stivens que debía ir con ella, a pesar de la «Luger», que, según estaba viendo, no se daba cuenta que tenía en la mano.

—Vamos —dijo.

Y la oyó suspirar con alivio. Ella avanzó primero y Stivens clavó los ojos en sus caderas admirando la cadencia de sus pasos suaves y felinos.

Atravesaron tres habitaciones antes de que Stella empezara a subir por la escalera que conducía desde el espacioso y lujoso *hall* al piso superior.

Stivens, siempre detrás, estaba preguntándose un sinfín de cosas, pero sobre todo, el empeño de ella para que él no le viera el otro lado de la cara.

Ya en el pasillo, todo alumbrado con un derroche de lámparas eléctricas, la muchacha siguió avanzando para detenerse momentos después frente a una de las puertas.

Entonces se volvió encarándole.

—Mire..., mire ahí... dentro —susurró.

Pero Stivens lo estaba haciendo primero a su cara, para no conseguir nada, ella no se distraía y, por tanto, siguió viendo el mismo perfil de siempre.

Se prometió así mismo averiguar qué es lo que ella tenía que ocultar, y avanzó hacia la puerta de lo que juzgó sería el despacho. No se equivocó ya que así era.

Pero si se llevó una sorpresa, y grande, nada más mirar dentro.

Entonces detuvo en seco su movimiento y se inmovilizó como si se hubiera convertido en roca.

Esto lo pensó Stella Deale al verle, y se estremeció sin poderlo evitar.

CAPÍTULO II

El hombre tenía el pelo completamente blanco. Su edad podía oscilar entre los cincuenta y cinco y los sesenta años. Se hallaba sentado detrás de la amplia mesa del no menos amplio despacho, completamente rígido.

Su cabeza estaba caída sobre el tablero y la sangre que había manado del redondo agujerito que tenía en medio de la frente, manchaba el papel de escribir y había empapado el secante.

Uno de los brazos colgaba a lo largo de su cuerpo y el otro estaba sobre la mesa, extendido encima de ella, con los dedos rozando la pluma estilográfica.

Stivens tardó unos segundos escasos en darse cuenta de que aquello era un asesinato. Se volvió cara a la muchacha y ella ladeó aprisa el rostro. Pero él no quería ver ahora su cara, ni siquiera pensaba en ello ya que lo estaba haciendo en la «Luger» que la muchacha tenía en la mano.

Se la arrebató de un manotazo y olió el cañón. Luego la miró. Ella vio la expresión de sus ojos y balbució:

—Ve... ve... por lo que no puedo ir a la policía. Ellos... ellos pensarían lo que usted: que le he asesinado yo.

El rostro de Stivens era una máscara de granito.

—¿Quién sino, *miss* Deale? —preguntó.

—No..., no lo sé. Es... mi padrastro y yo soy su única heredera. ¿Comprende? Por eso dirán que lo hice yo.

No oí el disparo. No he visto a nadie. Yo... ¡Ayúdeme por favor! No... no fui yo. ¡Lo juro!

Stivens ponderó la situación durante un largo minuto. Luego le presentó la «Luger» tomándola por el cañón.

—¿Conoce esta automática?

La Venus en edición de bolsillo, con minúscula, por lo de bolsillo, claro, asintió con la cabeza.

—Era de él —dijo con alguna coherencia—. Estaba en el suelo y yo la cogí.

Stivens maldijo.

—¡Estúpida! —dijo después—. Con esta arma ha sido asesinado.

El color volvió a las mejillas de Stella.

—Entonces... no... no es un asesinato. Pero ¿por qué se mataría?

Stivens dejó que en su boca se plasmara una mueca burlona que lo espeso de la barba disimuló bastante.

—¿Quiere decirme cómo pudo hacerlo con esa limpieza y sin que en su frente haya la más ligera partícula de pólvora, *miss Deale*?

El terror volvió a adueñarse de ella.

—No lo sé. No lo hice yo —repitió como una muletilla—. No, no fui yo.

Y repentinamente rompió a llorar. A juicio de Stivens, esto era lo peor que podía haberle sucedido a él. Por el llanto de ella, claro. No podía, no había podido ver ni oír llorar nunca a una mujer sin sentir deseos de estrecharla en sus brazos y protegerla.

Y este deseo le acometió súbitamente de manera irresistible. Por tanto avanzó un paso y rodeó con su brazo los desnudos y hermosos hombros femeninos.

—¿Va a ayudarme?

Stevens maldijo de nuevo.

—¡Diablos! —dijo—. Lo haré. Pero ¿cómo? ¿Tiene alguna idea?

La tenía, desde el momento en que le había visto en la cocina. Alto y fuerte, lo mismo que un cíclope rubio, y de enmarañada barba no menos rubia, vistiendo un raído traje gris, sombrero del mismo color, aún más raído que el traje, de ojos grises y fríos, y mentón, que a juzgar por el corte de la barba, tenía que ser cuadrado y agresivo como no había otro.

Un hombre capaz de partirla a ella en dos, sin esfuerzo alguno, y de llevarse el cadáver de su padastro bien lejos, a donde le encontrara la policía después, y no pudieran relacionarla a ella con el asesinato.

Le miró sin hacerlo de frente, claro, y expuso la idea.

—Abajo tengo un «Buick» ocho plazas —dijo—. Puede llevarse el cadáver y dejarlo en cualquier calle de Chicago. Yo le esperaré

aquí. Cuando regrese veremos lo que nos toca hacer. ¿Qué le parece la idea?

Era magnífica, si no le detenía ningún policía de tráfico.

Esto lo pensó Stivens, contestando ya:

—Puede hacerse. Pero ¿quién me salva a mí de la «silla» si me detienen por el camino?

Stella Deale se movió un poco adelantando una de sus bien torneadas piernas. Stivens apartó los ojos, procurando mirarla a la cara. Y entonces, sin que ella pudiera prever lo que iba a hacer alargó la mano tomándola por la barbilla.

Ella intentó debatirse pero nada pudo contra aquellos dedos que semejabán de acero. Por tanto se vio obligada a enseñarle el otro lado de la cara que hasta aquel momento había mantenido en sombras.

Stivens se inmovilizó al punto, soltándola.

—Lo siento —fue todo lo que dijo.

Y a pesar de que ella sintió la sinceridad en sus palabras, le miró venenosamente.

—No necesito su compasión —dijo heladamente.

Y ahora sí que le miró de frente, como desafiándole a que él lo hiciera así. Pero Stivens no pudo, ya que si hermoso era un lado de su semblante, éste, el que ahora estaba viendo, se le antojaba horrendo.

El caso no era para menos. Stella estaba señalada, tal vez de por vida, o tal vez no. Su mejilla, que habría de ser semejante al terciopelo, lo mismo que la otra, presentaba una quemadura que le llegaba desde el ojo izquierdo hasta la mandíbula, deformándose por completo. Torciéndolo hacia abajo de una manera horrible.

Stivens sintió lástima de ella, de su fealdad, por aquel lado de la cara, y apartó los ojos; por eso no vio la mueca dolorosa que se reflejó en sus ojos durante una milésima de segundo.

Cuando consiguió mirarla de manera impasible, el rostro de ella era una máscara y Stivens se dio cuenta en el acto de que a pesar de estar aterrorizada, algo muy sutil había cambiado en ella.

—¿Va a ayudarme?

Stivens la miró atentamente.

—Traiga una manta —fue lo que dijo mientras se guardaba la «Luger» en el bolsillo trasero del pantalón.

Y ella salió para cumplimentar la orden. Cuando regresó, Stivens estaba junto al cadáver examinándole.

Sin levantar la cabeza de él, preguntó:

—¿Tiene unos guantes?

—Sí. De... mi pa... drastro. Si sirven...

—Tráígalos.

Y se los puso segundos más tarde. Luego se volvió para mirarla.

—Prepare el «Buick» mientras yo lo saco de aquí —dijo.

—Espere —replicó ella.

Y sin disimular el miedo ni la repugnancia que sentía, fue al lado del cadáver y abrió uno de los cajones de la mesa. Cuando sacó la mano, llevaba en ella un buen montón de billetes de Banco.

Moviéndose como ella sabía hacerlo, se acercó a Stivens y se los entregó.

—Necesitaré dinero —dijo—. Cuando esto se solucione, si las cosas le van mejor, ya me los devolveré.

Stivens se los embolsó pensando que, a juzgar por el bulto, lo menos había quince mil dólares. ¡La Venus de bolsillo pagaba los favores bastante bien!

Vio como ella salía del despacho y le concedió cinco minutos, al cabo de los cuales envolvió al muerto en la manta y se lo cargó al hombro. Luego bajó la escalera con la misma tranquilidad que si llevara un saco de plumas.

Stella tenía el «Buick» junto a la puerta, con las portezuelas abiertas. Se apartó para dejarle pasar, y de soslayo, Stivens la miró, y sintió deseos de reírse de sí mismo. Y no por lo que estaba haciendo, sino porque el rostro de ella, su quemadura y su ojo torcido en extremo, se le antojó una máscara burlesca.

Depositó el cadáver en el automóvil, procurando que casi quedara oculto bajo el asiento, cerró la portezuela.

Y se volvió para mirarla.

Stella al punto no logró adivinar a qué se debía el brillo que había ahora en los ojos de él, hasta que reparó en su «deshabillé». Y fue entonces cuando los colores asomaron a su cara, dándole por un lado una maravillosa belleza y por el otro, una máscara aún más grotesca de la que el propio Stivens había querido ver.

—Yo... yo... —dijo en un balbuceo— le esperaré aquí.

Y corrió hacia la enorme casa de campo sita en el kilómetro

treinta y cuatro de la carretera 23 Oeste de Chicago.

Stivens la vio marchar entre malignos revuelos de nylon transparente y pensó que le estaba haciendo falta un buen trago, y en que ella no se iría, ya que por su cara, sería bastante fácil de encontrar, dado el caso de que interviniera la policía.

Subió y dio el arranque automático. Minutos después salía del amplio camino que iba desde la finca hasta la carretera, y pisó a fondo enfilando el motor hacia Chicago.

Dio un montón de vueltas en medio de la noche antes de entrar en la ciudad, y cuando lo hizo fue cerca de la Avenida Michigan. Penetró por ella reduciendo de manera notable la marcha, mirando a todos lados.

Alcanzaba Central Park cuando el corazón se le subió a la boca ante el agente de uniforme que había a uno de los lados de la plaza, debajo mismo de uno de los faroles del alumbrado.

Stivens pasó muy cerca de él, al parecer atento solamente a la conducción del «Buick» pero sin quitarle los ojos de encima.

Y respiró satisfecho cuando enfiló hacia el norte. Hacia Sheridan Road. Antes de llegar a esta amplia calle, arrimó el automóvil al bordillo y aparcó.

Bajó de él y levantó el capot. Hecho esto volvió a mirar a todos los lados. La calle estaba completamente desierta, pero llena de luces. Suspiró, y ahora no fue por la «deshabillé» de la Venus, que ya no era con mayúscula, aunque seguía siendo una moderna y curvilínea edición de bolsillo, con las mismas maravillosas piernas, sin medias, ya que cuando la vio no las tenía puestas, sino porque había llegado el momento de sacar el cadáver del «Buick».

Y lo hizo. Sudando, aunque seguía manejándolo como si fuera una pluma. De esta guisa, procuró ponerlo en pie a su lado pasándole uno de los brazos por debajo de las axilas.

Y así, caminando de un lado para otro de la acera, dando desde lejos la impresión de que se trataba de dos amigos completamente borrachos, sudando a mares, Stivens alcanzó Sheridan Road.

Nunca supo si fueron horas o minutos lo que tardó en llegar con su macabra carga al lugar que se había propuesto, ni tampoco el tiempo que empleó en abrir aquella amplia cabina telefónica y depositar el cadáver dentro.

Pero volvió a suspirar cuando la cerró detrás de él, dejándole

allí, sin pensar para nada en el susto que se iba a llevar el primero o la primera que se le ocurriera intentar telefonar desde allí.

A buen paso, pero sin exageraciones de ninguna clase, desanduvo lo andado. Abandonó Sheridan Road para meterse por aquella bocacalle y al punto dio un respingo más que regular. Porque junto al «Buick», había un agente de uniforme.

Stivens pensó mil cosas diferentes en menos de un segundo, entre las cuales luchaba la idea de quedarse, y la de emprender la marcha a todo tren Sheridan Road arriba, hasta perder de vista al «Buick» y a aquel maldito fisgón.

Pero en su criterio prevaleció la primera idea. Por lo tanto, adoptando un aire completamente indiferente, pero alerta como un gato frente a una fuente de pescado, Stivens avanzó hacia el «Buick», pensando en que su desaliñada indumentaria iba a ser un inconveniente más para aquel agente.

Fue pensarlo, cuando éste levantó la vista y le vio. El corazón de Stivens salió lanzado como un caballo de carreras, completamente desbocado.

Y siguió de ese modo hasta que alcanzó el automóvil, mientras que el agente, que seguramente se había acercado a curiosear, atraído por el capot levantado, seguía calle abajo tranquilamente.

Stivens entró en el «Buick» y cerró la portezuela. Dio un resoplido, imitación casi perfecta del de un hipopótamo, y dio el encendido.

—Despacio, despacio, Stivens. Despacio... —susurró quedamente.

Y lo puso en marcha separándose del bordillo lentamente, y no aumentó la velocidad hasta enfilar Sheridan Road. No miró la cabina telefónica cuando pasó frente a ella, ni volvió los ojos al espejo retrovisor. Si no que siguió dando vueltas y más vueltas por Chicago, por espacio de unas dos horas. Luego salió de él por la carretera de Evanston.

Después, como si estuviera loco o borracho, siguió dando vueltas y más vueltas, por carreteras y caminos que no parecían tener fin, hasta que finalmente alcanzó la 23 Oeste.

Media hora más tarde, y ya muy cerca del nuevo día, Stivens alcanzó la masa sombría de la enorme casa veraniega.

Aparcó junto a la puerta y salió del automóvil. El más completo

silencio reinaba alrededor, cosa que no le extrañó, así como tampoco que la puerta de entrada estuviera abierta.

Pero como medida de precaución, sacó la automática del bolsillo del pantalón y se la metió en el de la chaqueta. Hecho esto penetró dentro. El silencio era sencillamente enervante.

CAPÍTULO III

Subió la escalera de tres o cuatro zancadas, y una vez que se encontró en el piso superior registró las habitaciones. En una de ellas, las delicadas prendas femeninas que había diseminadas por doquier, encima de la deshecha cama, le dijeron que era el dormitorio de Stella Deale.

Stivens no entró en él pensando que ella podía volver de un momento a otro, y que no estaría bien que le encontrara husmeando en sus cosas. Por lo tanto pasó de largo y fue al despacho, preguntándose dónde diablos se habría metido ella.

La puerta estaba abierta, en la misma posición que cuando él entró por primera vez, y... ¡el cadáver del padrastro de Stella Deale también estaba allí!

Sentado en el sillón, y en la misma posición que cuando le vio por primera vez.

Stivens se restregó los ojos pensando en si estaba sufriendo una alucinación. Pero la imagen persistió. Por tanto, andando de puntillas, y ya con el arma en la mano presta a soltar un balazo a la menor señal sospechosa.

Pero no ocurría nada. Y eso es lo que le desesperaba y le ponía nervioso. ¿Cómo diablos había ido a parar de nuevo aquel cadáver allí, si hacía pocas horas él lo había dejado a muchas millas del lugar, dentro de una cabina telefónica en medio de Chicago?

Multitud de preguntas se agolparon en su mente, hasta que recordó de nuevo a la Venus de bolsillo. Entonces, procurando no tocar nada, y llevando un violento frunce en su ceño, se puso a registrar la mansión.

Y cuando oyó el ulular de las sirenas de la policía, había llegado a la conclusión de que el cadáver había vuelto sólo a sentarse en su

sillón, y que Stella Deale se la había jugado de puño, ya que no estaba allí.

Las sirenas se oían cada vez más cerca, y Stivens dejó de pensar en todo como no fuera en él mismo, y en que no le convenía de ningún modo que le encontraran allí.

Por lo tanto salió al exterior y volvió de nuevo al coche. Antes de ponerle en marcha miró el indicador de gasolina. Tenía la suficiente para llegar a Chicago, si es que le perseguían.

Avanzó lentamente hasta el asfalto de la autopista, y luego enfiló el motor del automóvil en sentido contrario a donde sonaban las sirenas.

Un cuarto de milla más abajo había una curva, y Stivens la tomó de manera suicida. Luego siguió corriendo por espacio de algunas más, para después y por carreteras secundarias, encaminarse lo más rápidamente posible, preguntándose si aquella Venus de bolsillo había sido asesinada también por los hombres que devolvieron el cadáver al despacho, o si verdaderamente estaría complicada en el asesinato de su padrastro, ya que según sus propias palabras, ella era su única heredera.

El sol le sorprendió muy cerca de la ciudad, sin que hubiera podido notar que le seguían. Stivens miró el indicador de gasolina y suspiró ruidosamente al pensar que sólo podría correr como cosa de otra milla más.

No se equivocó. Súbitamente el motor del «Buick» dejó de ronronear, y valiéndose de la fuerza de la inercia le arrimó a la cuneta.

Descendió de él, lió un cigarrillo, y armándose de paciencia empezó a caminar hacia la ciudad, sin parar mientes en el tráfico de la carretera que por momentos se hacía más intenso.

Ya en Chicago, dos horas más tarde, tomó un taxi y se hizo conducir a Grant Park. Desde allí, y a pie, enfiló Sheridan Road. Sentía una enorme curiosidad por ver cómo estaba la cabina telefónica donde la noche anterior dejara el cadáver.

Rectamente se encaminó a ella y entró. Una simple y rápida ojeada le dio a entender que, aunque era temprano, más de una persona había estado en ella. Por tanto, Stivens se quedó sin averiguar lo que quería.

Antes de salir de ella, descolgó el auricular y marcó un número.

Estuvo hablando unos tres o cuatro minutos, colgó de nuevo para cerrar el contacto automático y luego llamó a otro.

Una voz dulce de mujer le contestó al otro extremo de la línea.

Stivens sonrió preguntando.

—Soy yo, Stivens, dulzura. ¿Todavía en la cama?

Percibió claramente un enorme bostezo y luego oyó la respuesta de ella.

—Podías irte al diablo, Harry. ¿Es que no tienes otras horas de telefonar?

Stivens consultó su reloj de oro, que contrastaba enormemente con los raídos puños de su camisa que en otro tiempo fue completamente blanca, y con su traje sucio y algo pasado de moda.

—Son las nueve y media, dulzura —dijo—. ¿Puedes... atenderme unos minutos?

—Y qué remedio... Bueno, ¿qué quieres?

Stivens se lo dijo en pocas palabras poniendo oído atento. No oyó nada pero adivinó que había dado un regular respingo sobre la cama, y que ahora estaba sentada en ella con sus hermosas y bien torneadas piernas cabalgando la una sobre la otra.

El silencio persistía y él se adelantó al preguntar:

—¿Lo harás?

—Diablos, Harry. ¿Se puede saber cómo te has metido en ese lío?

—Te lo he dicho ya, ¿no?

Al otro lado del hilo se oyó una tenue risita.

—¿Esperas que me lo crea, cariño?

—No. Francamente no lo espero, pero es la verdad. ¿Harás eso?

Oyó un largo suspiro. Luego siguieron unos minutos de silencio y al fin ella replicó:

—Lo haré, Harry. ¿Qué remedio si no?

Stivens soltó una risita que sonó a hueca.

—Gracias. Eres un encanto, dulzura.

Y a través del auricular le llegó el sonido de un beso.

—Te debo uno, encanto —dijo aprisa—. Te lo daré así que te vea.

Ella rió al otro extremo de la línea y preguntó:

—¿Qué será cuándo?

—Tan pronto como vuelva. Esta noche saldré de Chicago.

Oyó el suspiro que dio ella, y casi al instante escuchó su voz:

—De acuerdo, Harry. Te esperaré y dejaré que me lo des si no tienes esa horrible barba —hizo una ligera pausa que Stivens no interrumpió, y luego añadió—: ¿Por qué no vienes a verme? Supongo que te harán falta algunos dólares y yo... yo puedo prestártelos.

Stivens pensó que sería bastante bueno poder ir a verla, pero él tenía que hacer ahora muchas cosas y urgentes. Por tanto dejó a un lado la esplendorosa visión que aun conservaba de ella en las retinas y replicó:

—Tengo algunos dólares, dulzura. Esta noche he heredado. Por tanto, ahora no los necesito. Gracias de todos modos.

—¡Embustero! Y..., ¿es preciso que te largues de esa manera...?

Stivens rió, ahora francamente.

—Sí, dulzura. Te telefonearé tan pronto pueda. De mi marcha, ni una palabra a nadie.

Y colgó sin esperar respuesta, sabiendo que ella no se enfadaría por ella ya que la tenía acostumbrada a sus cosas, algunas de las cuales estaban muy fuera de lugar.

Por el mismo camino, regresó a Grant Park. Siempre a pie, siguió hasta el Parque Lincoln donde tenía su apartamento. El rápido ascensor le llevó hasta el décimo piso en menos de dos minutos, y ya frente a su puerta, Stivens abrió.

De un armario sacó una botella de *whisky*, y sin preocuparse por buscar un vaso, pegó el cuello a su boca y apuró el residuo que quedaba, sintiendo que al conjuro del alcohol sus nervios se relajaban.

Dejó la botella encima de una mesita y se desvistió para darse acto seguido una ducha. Luego, con las tijeras primero, y la navaja después, se afeitó.

Hecho esto, y con el cigarrillo en la mano, se dejó caer en la cama, con el pensamiento en la Venus de bolsillo, ahora sin mayúscula debido a la otra parte de su cara.

Multitud de preguntas se agolparon en su mente. Preguntas que se podían reducir a dos o tres de suma importancia: ¿Era verdaderamente la hijastra del hombre que había sido asesinado? ¿Qué tenía que ver ella con el crimen? ¿Estaba muerta o simplemente había huido? Pero ¿por qué si él se había brindado a

ayudarla a pesar de su rostro...?

Siguió pensando muy a su pesar, hasta que se quedó dormido cuando empezaba a recordar el montón de billetes de mil dólares que ella le dio como pago por su ayuda.

Despertó sobre las ocho, y lo hizo diciéndose que era una lástima que ella no estuviera allí.

Y «ella», en este caso, no era la Venus de bolsillo con la que había tropezado en la casa del crimen, si no la otra, con la que había hablado por teléfono no hacía muchas horas.

Se vistió en un santiamén, trocando ahora su raído traje por otro marrón de impecable corte, y a la última moda. Luego se puso un sombrero del mismo color, dejó la «Luger» en uno de los cajones del armario, tomó de paso un «Colt» 45, que guardó bajo la axila, y salió a la calle.

Deambuló largo rato de un lado para otro hasta que oyó vocear a los vendedores de periódicos.

Stivens compró un ejemplar cualquiera y, con él bajo el brazo, y ya en Grant Park, se metió en un bar y lo leyó.

Como había pensado, el suceso ocurrido la noche anterior figuraba en primera página. Los enormes titulares ocupaban la mayor parte de ella: «Asesinato de un gran químico en su finca de la carretera 23 Oeste». ¿Por qué huye su hijastra, la que, según noticias, es su única heredera? «La policía busca activamente a *miss Stella Deale*. «Sus señas particulares son...».

Y aquí seguía una buena descripción de la muchacha, aparte de una fotografía hecha de perfil, que mostraba los dos aspectos de su cara.

Al verla, Stivens dedujo en el acto que no tardaría en caer, si es que estaba viva. Pero se equivocaba de medio a medio.

Luego, y ya en las páginas interiores, en letras más pequeñas, leyó algo que le hizo dar un verdadero, respingo:

«Se sabe de fuentes bien informadas, que *miss Stella Deale* tuvo anoche una visita en su casa de la carretera 23 Oeste, y que ésta era un hombre.

»Según informes privados, cuyo origen no nos está permitido divulgar, el hombre en cuestión era alto y fuerte, casi un verdadero gigante. Un hombre capaz de trasladar por sí solo el cadáver de *míster Jonathan X. Prescoe* hasta la carretera y desde allí, jugándose

el cuello, hasta Chicago. ¿Qué aspecto tiene, quién es...? Hasta ahora esto no se sabe, aunque la policía y el F. B. I.,

en concreto, aseguran que es cuestión de horas el que caiga en las redes que se están tendiendo por todo Chicago».

Antes de seguir, Stivens miró al barman, que desde hacía rato permanecía impassible frente a él, detrás del largo y brillante mostrador, en espera de que pidiera algo.

Al ver como Stivens le miraba preguntó:

—¿Va a tomar algo, señor?

—Un *whisky* —replicó distraídamente.

Se lo sirvieron y Stivens no le tocó al pronto. Sus ojos estaban recorriendo las líneas que seguían debajo de uno aquellos epígrafes sensacionales:

«¿Quién o quiénes fueron los hombres que devolvieron el cadáver de mister Jonathan X. Prescoe a su despacho después de que el desconocido visitante de *miss* Stella Deale lo trasladara desde la carretera 23 Oeste hasta una de las cabinas telefónicas de Sheridan Road? Hasta ahora esto es todo lo que se sabe con relación al asesinato de este prominente científico cuya pérdida es bastante sensible al Gobierno de los Estados Unidos, que es bien poco según nuestra opinión particular aunque la policía metropolitana y la federal opinen lo contrario».

Stivens ya no siguió leyendo. Las mismas preguntas que la policía, y tal vez más, se estaba haciendo él, ya que una de ellas, la más importante según su propia opinión, era saber cómo diablos se habían enterado que él estuvo aquella noche dentro de la finca de recreo de X. Prescoe. ¿Quién había informado a la policía? ¿Los mismos que trasladaron el cadáver desde Sheridan Road hasta la casa?

Stivens se respondió a sí mismo que era muy posible. Y entonces en su mente surgió otra pregunta: ¿Por qué...

Incapaz de contestarse a ninguna de ellas optó por beber unos cuantos sorbos de *whisky* y clavar los ojos en la figura de la pelirroja que acababa de entrar para acto seguido encaramarse a uno de los taburetes de la barra y pedir un refresco.

Vio como cruzaba una de sus maravillosas piernas sobre la otra y se dijo, que aquel espectáculo era más interesante que todo lo que

pudieran decir los periodistas sobre el asesinato de la noche anterior.

Stivens siguió mirando hasta que recordó que se tenía que reír. Pagó y salió suspirando por no haber podido presentar batalla a la pelirroja de la barra. El asunto merecía la pena, pero a él le estaba buscando toda la policía de Chicago, y tal vez alguien más. Posiblemente los hombres que jugaron con él al escondite, y con el cadáver de un sabio.

En el mismo Grant Park tomó un taxi, y cuarenta y cinco minutos después, se perdía entre el gentío que abarrotaba la gran estación Central de Chicago.

CAPÍTULO IV

El público que llenaba el *cabaret* «La Orquídea» era el mismo de todas las noches. Mujeres encopetadas las unas, codeándose con otras que no lo eran tanto, ¡valga la frase!; hombres vestidos de etiqueta, y otros que no *lo* estaban, sentados a las mesas distribuidas alrededor de la encerada y circular pista, o en pie junto a la barra.

La que no parecía ser la misma era Julia Emerson a pesar de que nada en su apariencia exterior lo daba a entender, ya que seguía encandilando a los hombres y causando la envidia de las mujeres.

Julia Emerson era una Venus. También con mayúscula, aunque no en edición de bolsillo. Sino más bien en una edición especial, ya que cuando vino al mundo, el molde debió romperse. Al menos esto es lo que opinaba de ella Harry Stivens, y su opinión respecto a mujeres era siempre respetada por todo el mundo.

De pies a cabeza se podía resumir de la siguiente manera: Era bastante alta. El pelo cortísimo, a la última moda, rizado y de color fuego. La frente amplia denotando inteligencia. Los ojos grandes, como dos soles, ligeramente oblicuos, de largas y rizadas pestañas, y completamente negros formando un enorme contraste con el color de su pelo. Las mejillas rosadas sin ayuda de afeites, la nariz recta y fina, los labios muy rojos y gordezuelos, que parecían estar pidiendo siempre un beso.

Podía medir uno o uno diez de busto, donde los senos se mostraban orgullosos, y al decir de algunos y algunas, osados, orgullosos... Ochenta u ochenta y cinco de cadera, amén de unas piernas largas, magníficamente torneadas, enfundadas aquella noche en medias negras caladas.

Llevaba un vestido completamente bordado de lentejuelas, negro también, de amplio vuelo y corto, sumamente corto ya que le subía

bastante por encima de la rodilla; dejando por arriba completamente descubierto el blanco de los hombros.

Julia, sin ayuda del micrófono, estaba bailando y cantando un desaforado «mambo», de ahí la expresión de cuantos la contemplaban, mientras que su imaginación volaba en pos de Harry Stivens, y de la conversación que había sostenido aquella mañana con él.

Por eso, no hizo el mismo caso que otras noches a la nube de aplausos que se cernió sobre ella cuando acabó aquella actuación, sino que después de saludar aprisa, como por compromiso, Julia corrió atravesando la pista y subió la escalera hasta alcanzar su camerino.

En el pasillo se tropezó con Larry Devoe, el atildado dueño de «La Orquídea», que le sonrió de manera untuosa preguntando:

—¿Ya se marcha, Julia? Es temprano aún. Ande, la invito a tomar una copa de champaña.

Julia denegó dando las gracias. Entró en su camerino y se desvistió rápidamente para ponerse un traje de calle, falda y chaqueta a cuadritos, mientras que en el pasillo los ojos de Devoe relucían, felinos.

Julia salió por una puerta excusada, y ya en la amplia acera de La Salle Street paró un taxi y se hizo conducir a su apartamento de River Forest.

Dentro de él, se sirvió una buena ración de *whisky* y pensó en el encargo que le había dado Harry Stivens, diciéndose que era un fresco. Luego fue al sofá y se reclinó contra el respaldo después de sentarse en él, claro.

Su postura era la de una gata. Esto también lo hubiera pensado Stivens de verla. Y hasta es posible que se hubiera tenido que tomar algo fuerte, al ver la dejadez que había en ella.

Pero Julia Emerson no pensaba en su postura, ni en su incitante belleza en aquellos momentos aunque parezca raro. Seguía pensando en Harry Stivens y en la ocurrencia que había tenido. Y le seguía llamando fresco, ya que él se había marchado de Chicago cuando las cosas se le puso al rojo, dejándola a ella para resolver una tarea ingrata, y tal vez peligrosa.

Durante parte de la noche, y mucho antes de que empezara a actuar, había tenido tiempo de leer algunos periódicos, y

francamente, cada vez le gustaba menos el asunto.

Con mano nerviosa abrió ahora el bolso y extrajo una pitillera de oro. La abrió y luego rebuscó en el interior de aquél hasta encontrar el pequeño encendedor. Entonces se puso el largo pitillo en la boca y lo encendió.

Aspiró varias veces el humo antes de levantarse y empezó a andar de manera sugestiva y felina, contoneando las caderas, hasta su dormitorio.

Se acostó, y tardó bastante en dormir atormentada por la figura de Stivens. Y cuando logró conciliar el sueño, lo hizo pensando en si él no sería el asesino del viejo míster Jonathan X. Prescoe.

Ella sabía que las cosas no le iban bien en los últimos tiempos, y le creía capaz de cometer cualquier barbaridad antes de pedirle un solo centavo a ella. ¡O cualquier otra mujer! Y eso que Stivens, para su desesperación, conocía a muchas en Chicago. Y lo que era aún peor, le gustaban todas.

Eran las ocho de la mañana cuando se despertó. Después de bañarse a conciencia, cubierta tan sólo con un batín de transparente seda, la hermosa fue al «*living*». Se sentó en una pequeña butaca y, tal como tenía por costumbre, cabalgó una pierna sobre otra.

Harry Stivens hubiera lanzado un resoplido bastante parecido al de cualquier animal de la selva. Pero no estaba, por lo que ella no se vio interrumpida por una expresión más o menos elegante, y, por tanto, empezó a hacer lo que se había propuesto.

Con el teléfono en la mano, Julia tardó más de dos horas en enterarse de lo que quería. Pensando en la cuenta que le presentaría la Telefónica al final de mes, regresó a su dormitorio.

Cuando salió de él, llevaba un vestido de calle, que aún, y a pesar de su sencillez, hacía resaltar de manera poderosa todas y cada una de sus maravillosas y felinas curvas.

Dos cuadras más abajo había un garaje y allí se dirigió. Segundos después, conduciendo su automóvil, un potente y largo «Alfa Romeo» de «*sport*», Julia enfiló River Forest.

Durante la mayor parte de lo que quedaba de mañana, se movió aprisa por Chicago, pensando en presentarle la cuenta de la gasolina a Harry tan pronto como éste regresara a Chicago, si es que lo hacía alguna vez.

Este pensamiento le hizo daño, por tanto procuró desecharlo de

su mente.

Las tres de la tarde la sorprendieron en un restaurante de Madison donde comió con buen apetito, aunque no lo hubiera tenido tanto de saber que sus movimientos habían resultado altamente sospechosos a más de una persona.

No lo sabía. Por tanto terminó de comer tranquilamente, ante la mirada brillante y admirativa del camarero que en su vida había visto a una mujer tan hermosa como aquélla, o si no que le desollaran vivo, como estaba pensando sin que su cara de hurón expresara lo más mínimo, y después pidió café.

Frente a la taza, Julia encendió otro cigarrillo y en el acto la mirada del camarero fue a sus labios. Pero también lo disimuló, aunque no lo hizo cuando la siguió para, desde la acristalada puerta, verla subir al «Alfa Romeo».

Julia, según la hora que señalaba su reloj, ya no tenía tiempo de regresar a su apartamento. Por tanto, sin cambiarse de vestido regresó a «La Orquídea» para actuar como todas las noches.

De actuación en actuación, esperó vanamente una llamada telefónica, algo, en fin, que le dijera qué había sido de Harry Stevens, y que no llegó.

Eran las tres de la mañana cuando, después de dejar el «Alfa Romeo» en el garaje, Julia subió a su apartamento.

Cerró la puerta tras ella, y completamente a oscuras fue al «*living*». Hizo ademán de encender las luces, pero mucho antes éstas se encendieron repentinamente.

Julia creyó durante un segundo que por sí solas, hasta que les vio. Eran dos.

Se llevó las manos al pecho ahogando un grito.

—Vamos, paloma. Cierra y siéntate. Tenemos que hablar.

El atildado hombre que estaba sentado en el sofá, teniendo en la mano uno de sus propios vasos lleno de *whisky* habló por un extremo de la boca.

Julia vaciló, pero no era por lo que ellos creían. Si no porque se estaba preguntando si la osadía de los hombres, al verla tan hermosa, sería tanto como para invadir su apartamento a altas horas de la noche.



—¿Dónde está ahora mister Stívana?

Decididamente no esperaba que su belleza, aun siendo tanta, produjera aquellos resultados tan catastróficos en el sexo contrario. ¡Y por parejas, diablos! ¿Qué diría Harry cuando lo supiera?

Y es que Julia les conocía de hacía tiempo, de verles muy a menudo en «La Orquídea». Les había tomado siempre por gente adinerada. Incluso había bebido más de una vez con el hombre que la había interpelado.

Se tranquilizó en parte. Incluso procuró sonreír.

—¿Qué signifi...? —empezó.

Pero se detuvo al punto. Joe Latimer, ella sabía que se llamaba así, se levantaba con una torcida expresión en la boca, mientras Delane Chips seguía recostado contra la pared, mirándola de pies a cabeza con una mirada que no era muy agradable por cierto.

Se sintió molesta e intranquila. Latimer iba ya hacia ella. Chips sonreía.

—¿Qué...?

No tuvo tiempo para más. Latimer la tomó del brazo y tiró de ella de manera brutal. Julia se sintió arrancada del suelo, y fue dando traspiés hasta el sofá. Tropezó con él con un revuelo de faldas y encajes negros, y acabó por desplomarse completamente.

Sus senos acusaron por unos segundos una violenta palpitación. Latimer estaba cerrando la puerta y Chips acercándose a ella con manifiesta mala intención. Pero Julia no le vio hasta que sintió su mano sobre un hombro, llena de estupor, y con algo de miedo también, ya que no comprendía nada de aquello, seguía mirando a Latimer, que una vez hubo cerrado la puerta adujo mirándola:

—Será mejor que te pongas cómoda, pues el asunto es largo, gata.

Fue a contestar y entonces la mano de Chips cayó con violencia sobre su hombro, Julia se puso en pie y él dio un violento tirón. Se oyó el desgarrar de la ropa, y entonces fue cuando sintió verdadero miedo mientras se preguntaba si podía ser verdad la idea que acababa de taladrarle el cerebro.

Tiró de nuevo y Chips, tan elegante como su compañero, se quedó con parte del vestido en sus manos. Uno de los blancos hombros brilló a la luz de la lámpara, pero ninguno hizo caso de aquello.

Julia retrocedió un paso sin intentar cubrirse el desgarrón sabiendo que era inútil. El miedo que sentía se iba convirtiendo poco a poco en una furia fría, helada como la misma muerte.

Chips le estaba enseñando ahora el trozo de su vestido. Julia enrojeció un poco pero siguió sin cubrirse. Chips habló roncamente:

—Escucha —dijo—, esto es una muestra de lo que te va a pasar si no hablas. ¿Qué buscabas por todo Chicago? Sabemos que has visitado muchos hospitales. Hasta el depósito de cadáveres, las

clínicas, las de urgencia, ¿qué buscabas?

Julia dio el estallido.

—¿Y a usted qué diablos le importa todo esto? —dijo—. ¡Largo de mi apartamento! Largo o empiezo a gritar.

Y abrió la boca para hacerlo. Chips se movió dando un paso adelante. Disparó la mano abierta y la terrible bofetada alcanzó a Julia en medio de la boca.

Dio un par de violentos pasos atrás. Latimer extendió una de sus piernas, las de ella se enredaron y se volcó materialmente sobre el sofá. Éste cayó hacia atrás llevándola con él.

Sus hermosas piernas, cubiertas ahora por fino y costoso nylon, apuntaron a la lámpara cuando dio una completa vuelta de campana, para caer al otro lado con la falda y el can-cán por la cintura.

Julia se puso de rodillas sin intentar arreglase la falda. Hubo un brillo en los ojos de Latimer, pero nada más. No podía perder el tiempo en admirar una anatomía más o menos, aunque fuera como la de Julia Emerson.

Entonces Chips se acercó a ella, y dio la respuesta a su pregunta anterior:

—A nosotros no nos importa ni poco ni mucho... Pero en Chicago hay una persona que paga bien por saberlo, encanto. Tú dirás si quieres hablar por las buenas o no.

Fue Latimer, mientras Chips se explicaba tan claramente, quien la tomó del pelo para levantarla acto seguido con toda la violencia de que era capaz, y que era mucha.

Julia sintió que los ojos se le nublaban llenándose de lágrimas ante el brutal tirón de pelo. Se puso en pie no deseando ofrecer resistencia.

Por unos instantes Latimer tuvo frente a sí unos ojos que brillaban como debían brillar los del diablo mientras que sus senos se estremecían violentamente y la respiración salía silbante de entre sus gordezuelos y apretados labios.

—¡Perro!

Y la única palabra semejó al silbido de una cascabel. Luego las dos fantásticas bofetadas estallaron en el vestíbulo lo mismo que sendos disparos.

Latimer retrocedió un par de pasos mientras que la risa de Chips se oía tenuemente.

—Te la ganaste, Latimer —dijo yendo ya hacia ella.

Fue rápido, pero no tanto como para que Julia, en un arranque viril no arañara la cara de Latimer. Después ya no pudo hacer más. Chips la golpeó con el canto de la mano en uno de los brazos y Julia perdió el aliento ante el lacerante dolor que le subió hasta el hombro y de éste al cerebro.

Y lo acabó de perder cuando Chips lanzó su puño derecho, duro como una roca contra su estómago. Dando boqueadas espantosas, creyendo que el mundo se acababa para ella, se dobló por el centro. Como en sueños, y antes de que su hermoso cuerpo, ahora hecho un guiñapo, tocara el suelo, oyó la risa sardónica e hiriente de Latimer.

Con la visión enturbiada, caída cuan larga era, mostrando la maravilla de sus piernas, Julia vio cómo ambos avanzaban hacia ella. La iban a matar a golpes si no decía todo lo que sabía, que era bien poco. Tan sólo lo que Harry le dijo por teléfono y lo que había podido averiguar aquel día, que no porque resultara, según su propio juicio, nada importante, podía serlo mucho para ellos.

Este pensamiento la inmovilizó unos segundos. Éste, y el que le dijo que tenía que hacer algo si no quería que aquellos dos gorilas se la llevaran por delante, lo mismo que habían hecho con el físico o químico. No lo recordaba bien en aquel momento.

—Ten calma como dice Harry, Julia. Ten calma o morirás.

Esto era lo que un millón de veces le había aconsejado él para los momentos más trascendentales, al referirse a su carácter nervioso cuando ocurría un hecho anómalo en su vida cotidiana.

Ellos seguían avanzando y retrocedió con el pensamiento puesto en la mesita, de aquel rincón. ¡Si pudiera llegar a ella!

Intentó serenarse, y siguió retrocediendo, arrastrándose de manera lastimosa por el encerado y brillante suelo del vestíbulo. Cuando tropezó con la mesa, se detuvo. Los dos hombres la miraron y sonrieron canallescamente.

Fue Latimer el que habló con una sonrisa torcida en la boca.

—Escucha, encanto —empezó—. Tú tienes un amigo bastante íntimo por cierto, que ahora no está en Chicago. ¿Fue él el hombre que estuvo aquella noche con Stella Deale? Será mejor que contestes, o lo de ahora no será nada comparado con lo que vamos

a hacer contigo, ricura.

Julia respiró aceleradamente durante más de medio minuto. ¿Con que sus sospechas eran ciertas? ¿Era por causa de Harry? Prefería la muerte antes que traicionarle.

Tanteó a su espalda sujetándose a la mesa. Aferrada a ella se izó hasta ponerse de rodillas. La expresión de Chips le dijo que éste iba a perder la paciencia mucho antes que Latimer. ¡Y ella que había creído!...

Estaba ahora en pie mirándose en aquellos ojos en los que no veía piedad alguna. Y fue entonces cuando comprendió o creyó comprender que en el acto de decir lo que ellos querían saber, moriría.

Se retrepó contra la mesita respirando trabajosamente y entrecerró los ojos no deseando que ellos vieran reflejados en ellos cuales eran sus pensamientos.

—No..., no sé a qué se refie... ren —dijo trabajosamente mientras con la mano derecha empezaba a abrir suavemente el Cajón.

—Te refrescaré la memoria, querida —habló Chips—. Se llama Harry Stiven y os queréis, cosa que no puedes negar. Un tipo gigantesco. Muy capaz de sacar un cadáver de cualquier parte, completamente solo, y llevarle a otro sitio sin temor a la policía. Como lo hizo. ¡Nosotros sabemos que fue él! ¡Habla, gatita! ¡Te conviene darle suelta al pico!

Cuando terminó su larga parrafada, Julia ya tenía la pequeña «Star» calibre 7.75 en la mano.

Y no lo pensó dos veces, ni siquiera una. Rápida como un relámpago la encaró y disparó por dos veces. Los estampidos semejaron truenos. Pero si ella fue rápida, más lo fue Chips contra el que disparaba. Se desplazó apenas advertir su movimiento, lo que no impidió que una de las balas blindadas le trazara un surco en una mejilla.

Con una seca exclamación patinó sobre el encerado y se revolvió como un puma mientras Julia le seguía con la «Star» apretando el gatillo en el acto de centrarlo sobre él.

Pero el disparo se perdió en el techo cuando Latimer intervino rápidamente. Y es que alargó una de sus piernas golpeando con la puntera del zapato la mano armada, Julia gritó de dolor mientras la

pistola salía lanzada por los aires.

Su segundo grito lo cortó el bestial puñetazo de Chips, que la alcanzó en un lado de la cara tirándola de nuevo al suelo.

—Pronto, Chips. Los disparos se habrán oído desde fuera.

—¡Maldita gata pelirroja!

Ésa fue la respuesta para Latimer. Para Julia un brutal puntapié en los riñones que la lanzó rodando por el suelo hasta la pared, distante de ella un par de yardas.

Con una mueca de inmenso terror en su semblante ella les vio venir; luego casi perdió el sentido cuando la golpearon y patearon a conciencia.

Después de la brutal paliza, completamente inmóvil en el suelo, sin poder ni hablar, Julia oyó como entre sueños las palabras de Latimer, que ahora se estaba arreglando la corbata mientras fuera se empezaban a oír pasos precipitados y algunas voces:

—Cuidado con lo que cuentas a la policía, ricura. A Don T.

O'Sullivan

no le gustará la cosa. Y piensa que esto es sólo el principio. Si no viene pronto tu amor, ya te buscaremos cuando salgas de ésta. Ves pensando para entonces la respuesta.

Julia, a pesar de su estado sintió hielo en las venas. Porque ella sabía que en todo Chicago, el nombre de Don T.

O'Sullivan

se pronunciaba con temor. Ya que desde los tiempos de Al Capone nada había causado tanto respeto en la ciudad como la sola mención de aquel nombre.

Nadie sabía quién era, qué aspecto tenía. Era una leyenda, un fantasma, algo irreal e impalpable, pero completamente cierto.

Si la muerte del químico X. Prescoe era cosa de

O'Sullivan,

nadie, absolutamente nadie, sería capaz de ayudarla a ella, y mucho menos a Harry, si estaba complicado en el asunto.

Súbitamente se dio cuenta de que estaba sola en el vestíbulo. Latimer y Chips se habían marchado por la escalera de incendios, en la puerta empezaban, a sonar golpes que amenazaban derribarla.

Hizo un esfuerzo para moverse, incluso llegó a arrastrarse hacia ella con ánimo de abrirla. Entonces perdió el conocimiento, teniendo la impresión de que aquélla saltaba hecha astillas.

Luego, el apartamento se llenó de gente. Alguien corrió hacia el teléfono. Minutos o segundos más tarde, el ulular de las sirenas dio a entender que la policía estaba llegando a River Forest.

CAPÍTULO V

De la semana que llevaba allí, hacía tres días que Julia tenía plena conciencia de que se encontraba en una de las muchas clínicas de Chicago. Desde entonces no la habían permitido ver a nadie, ni recibir visitas de algunas de sus amigas, cantantes como ella, y mucho menos de hombres.

Tampoco había querido preguntar por Harry Stivens. Seguía sin saber si había vuelto a Chicago, y lo único que deseaba era que él se hubiera mantenido en silencio como en los primeros días de su marcha, aunque aquello le doliera a ella.

Ahora, aquella soleada y calurosa mañana del mes de julio de 1960, Julia esperaba la visita. La única con la que podría hablar hasta que no fuera dada de alta, cosa que ocurriría unos días después, tal vez unos quince, según le había dicho la enfermera que la cuidaba.

Y no se equivocó; estaba pensando en Don T. O'Sullivan cuando la enfermera entró sin previo aviso.

—El inspector del
F. B. I.

Richard Genter, con uno de sus ayudantes desea hablar con usted, *miss* Emerson.

Julia relajó su hermoso cuerpo bajo las sábanas y replicó:

—¿Podría evitar el que me vieran aunque quisiera? ¿Verdad que no? Pues hágales pasar.

Y esperó pacientemente a que los dos agentes penetraran en la sala donde había sido destinada.

Fue poco, apenas tres minutos, al cabo de los cuales Julia lijó sus negros y hermosos ojos en la figura elegante y enjutada del

inspector Genter. Al punto notó que se estremecía bajo aquella mirada de acero, fría como pocas, y por el aspecto casi rígido del hombre de pelo entrecano y rostro duro y serio como el de un halcón.

Desvió la vista para fijarla en su acompañante. Éste era joven y alto. De unos veinticinco años, y anatomía poderosa y tenía el pelo tan rubio como el de Harry Stevens.

Julia recordó a éste al mirarle y frunció el ceño. Luego se preparó para replicar adecuadamente a la nube de preguntas que adivinaba en los dos.

Ellos avanzaron hasta los pies de la cama. Luego un poco más, sin dejar de mirarla atentamente. Pero Julia no perdió el control de sí misma. Esperó la primera pregunta creyendo saber cuál iba a ser, pero se equivocó.

Genter se había sentado ahora en la silla que había junto a la cabecera del lecho mientras que el agente Joel Paterson permanecía en pie, un poco apartado, pero atento a cualquier movimiento que hiciera ella.

Al fin, y cuando el silencio amenazaba con ponerla nerviosa, Genter habló un tanto secamente como tenía por costumbre:

—Celebro que ya se haya puesto mejor, y que pueda contestar a mis preguntas, *miss* Deale. No obstante, pienso molestarla muy poco. ¿Dónde está ahora *míster* Stivens? Según mis noticias salió de Chicago la misma noche que mataron a X. Prescoe. ¿Qué puede decirme de eso?

Julia estuvo a punto de traicionarse ante lo inesperado de la pregunta ya que ella creía que simplemente se iba a interesar por la agresión de que había sido objeto.

No replicó, si no que continuó mirándole en el más completo silencio. El inspector Genter frunció el ceño.

—¿Debo entender que no sabe nada de *míster* Stivens? —preguntó.

Julia se encogió de hombros. Pero ahora sí que replicó:

—Hace tiempo que no veo a Stivens, inspector —adujo—. La primera noticia de que no está en Chicago me la acaba de dar usted.

Genter achicó los ojos y Julia desvió la mirada.

Suspiró procurando armarse de paciencia, y luego volvió a la carga hablando con voz lenta y monótona, lo que dio a entender al

agente Paterson, que le conocía bien, que el inspector estaba haciendo esfuerzos inauditos para conseguirlo:

—Escuche, *miss* Emerson —dijo calmamente—. Usted ha sufrido un percance que ha estado a punto de costarle la vida. Según indicios, juraría que fueron dos los hombres que la golpearon en su apartamento. ¿Por qué fue? —Y el mismo se respondió, añadiendo rápidamente—: Por algo que usted sabía, o porque no quiso contestar a unas cuantas preguntas que le hicieron. Apostaría algo a que fueron con relación a *míster* Harry Stivens. Apostaría cualquier cosa también a que fue él quien estuvo aquella noche en compañía de *miss* Stella Deale, y también quien sacó el cadáver trasladándolo a Chicago. Fue seguido, y por algo que aún no sabemos, el cadáver fue trasladado de nuevo al kilómetro 34 de la carretera 23 Oeste. Luego alguien avisó al departamento y por eso nos presentamos nosotros allí. Pero en la casa no había nadie. Ni *míster* Stivens, ni *miss* Deale. ¿Qué sabe usted de eso? —Hizo un gesto que obligó a Julia a silenciar lo que iba a decir y añadió aún más secamente—: Usted estuvo al día siguiente visitando los depósitos de cadáveres de Chicago y las clínicas; incluso preguntó en este mismo hospital donde ahora se encuentra. ¿Qué buscaba, *miss* Emerson? ¿El cadáver de Stella Deale, o simplemente sospechaba que estuviera herida en algún hospital o clínica? ¿Quién le dio el encargo? ¿Fue por esto por lo que la golpearon? ¿Por qué no quiso contestar a estas mismas preguntas? ¿Quiénes fueron esos «gangsters»? Conteste, estoy esperando.

Julia siguió callada durante algunos minutos recordando las amenazas de muerte que profirieron Templar y Chips en contra de ella si hablaba. Luego su pensamiento fue hacia Don T.

O'Sullivan.

Sus ojos tal vez reflejaron algo de lo que estaba pensando ya que Genter habló mucho antes de que ella contestara a sus preguntas, rápidas como disparos:

—Está aterrorizada, *miss* Emerson. Sé que es eso lo que le ocurre ahora, pero nosotros la protegeremos, aunque la cosa provenga de un hombre como Don T.

O'Sullivan.

Y la miró atentamente notando como ella se estremecía.

—Nada tengo que añadir a lo dicho, inspector —replicó ella—.

Nada a no ser recalcarle que nada sé, y que está usted dando palos de ciego. Que está obrando sólo por meras sospechas —calló unos segundos, al cabo de los cuales siguió hablando—: Ciertó que me golpearon, inspector. Pero no es por lo que usted cree. A esos hombres, y digo ésos porque eran dos, les sorprendí en mi apartar miento cuando trataban de robar. Guardo en él algunos objetos de valor y no deseaba que se los llevaran. Al verse sorprendidos me golpearon. Yo fingí bastante bien, haciéndoles creer que me habían hecho mucho más daño del que en realidad había sido. Así conseguí, arrastrándome, llegar hasta una mesita. Del cajón de ésta saqué una pequeña pistola y disparé sin alcanzar a ninguno. Entonces... —Y Julia se estremeció ante la única parte verdadera de su relato— parecieron volverse locos... Eso... es todo, inspector. En cuanto a Harry Stevens...

Julia calló al ver cómo Richard Genter se levantaba de la silla. Le miró, y luego lo hizo con el hasta ahora silencioso Paterson. El agente permanecía mirándola también, pero ella no pudo saber, por la expresión impasible de su rostro, cuales eran sus pensamientos.

La voz del inspector Genter la sacó de su contemplación y volvió los ojos hacia él.

—De acuerdo, *miss* Emerson —dijo—. Por ahora voy a dar como buena su versión de los hechos. Voy a dar por sentado que está diciendo la verdad. Pero a pesar de esto, le diré algo para que le sirva de orientación: Don T.

O'Sullivan

es una mala bestia. Mucho peor que fue Al Capone. Desde el chantaje hasta el tráfico de drogas, pasando por los más horrendos crímenes, lo hace todo. Es un hombre que no vacila en asesinar por el motivo más fútil. Por tanto, debo advertirla que su vida, y tal vez la de míster Harry Stevens, dado el caso que él sea el hombre que sospechamos, corren un grave peligro, ruego que piense en lo que le digo, y si decide que tiene algo más que contarme, no cavile en llamarme.

Julia le miró con sus grandes ojos y luego se desperezó bajo las sábanas como una gatita satisfecha. Entonces dijo:

—Creí que sospechaba de Harry Stevens como de un presunto asesino, inspector —y luego agregó con manifiesta ironía—: ¡Y ahora resulta que lo que trata el

F. B. I.,

es de protegerle! ¡Nunca lo hubiera sospechado!

Genter lo pasó por alto y replicó:

—Es uno de los principales sospechosos, aunque todavía no podemos acusarle de nada, *miss* Emerson. Y tenga en cuenta una cosa; que tan pronto como vuelva a Chicago, si lo hace, nos tendrá detrás de él. Pero esto no quiere decir que tengamos pruebas de que él asesinó a x. Prescoe, ni de que tenga nada que ver con la desaparición de su hijastra, aunque cabe en lo posible que sea así.

—¡Harry no es capaz de hacer una cosa así, inspector!

Por primera vez, el rostro duro del inspector Genter se iluminó un tanto con algo que quiso ser una sonrisa.

—Me estoy preguntando, *miss* Emerson, si calla verdaderamente porque no sepa nada, por miedo, o por proteger a míster Stivens. ¡Hay hombres con suerte, diablos!

Los ojos de Julia chispearon.

—¿Debo aceptar esto último como una galantería, inspector? —preguntó.

Genter estuvo tentado de mandarla al diablo pero no lo hizo, sino que con una seña a Peterson ambos fueron hacia la puerta. El agente salió primero, y el inspector se volvió antes de cerrarla, para decir:

—Antes de irme debo advertirla de una cosa; no debe abandonar Chicago sin que nosotros lo sepamos. ¿Entendido, *miss* Emerson?

Julia sonrió con los ojos y con la boca.

—No esperaba que me aconsejara de manera tan fina, inspector. Y no debía hacerlo, ya que sé que desde hace días se me vigila, así como también que de ahora en adelante, la metropolitana y el F. B. I, procurarán no perderme de vista. ¡Que tenga mucha suerte, inspector! —termino en tono de burla.

Y se quedó mirando la puerta por donde éste se marchó, dudando ahora en si debía de habérselo contado todo, o hizo bien en callar como la habían aconsejado.

Luego siguieron las dudas y los temores, y finalmente el terror se apoderó nuevamente de ella, hasta que se volvió contra la pared y se quedó dormida.

Sonó con el cadáver de un hombre y con muchos más, éstos vivos, que la estaban golpeando de manera salvaje y brutal. Hasta

que llegó la enfermera que la atendía. La despertó para darle un calmante, y esta vez Julia, cuando logró conciliar el sueño, lo hizo de manera tranquila y sosegada.

No fueron quince los días que pasó entre aquellas cuatro blancas paredes, sino treinta. Un mes entero en el cual no tuvo noticias ni de la policía ni de Harry Stevens. Un poco dolorosamente Julia pensó que éste ya la había olvidado.

¿Lo habría hecho también la policía? ¿Y Templar y Chips? Pero, sobre todo, ¿y Don T. O'Sullivan?

Esta última pregunta se la hizo Julia cuando ya estaba saliendo por la puerta de la clínica, en pleno Boulevard Michigan. Hacía sol, calor irritante y pegajoso, Pero en nada de esto reparó dedicándose por entero a aspirar con fruición el aire mañanero.

Andando tranquilamente, completamente confiada, sin parar mientes en la riada humana que lo mismo que ella iban de un lado para otro al parecer sin orden ni concierto. Sin parar mientes tampoco en el espeso tráfico que abarrotaba casi por completo la amplia y asfaltada avenida.

Súbitamente su tranquilidad se quebró un tanto. Y fue justo al pasar frente a un enorme escaparate en el cual habían expuestas multitud de prendas de mujer.

Julia no reparó en esto, simplemente seguía andando y respirando a todo pulmón. Súbitamente el cristal saltó hecho astillas. Es decir, de manera repentina, éste quedó bordado de estrías, en cuyo centro brillaba un limpio y maligno agujero.

Julia oyó el ruido que hizo el cristal al partirse y se volvió un tanto asombrada. Y fue este movimiento casual e instintivo lo que le salvó la vida ya que el siguiente balazo, disparado con un rifle de aire comprimido le rozó los rizos pelirrojos y volvió a entrar en el escaparate unas pulgadas más abajo que el primer proyectil.

Julia lanzó una exclamación y palideció luchando con la idea que intentaba penetrar en su cerebro. Luego gritó al sentirse empujada violentamente y derribada al suelo sin ningún miramiento mientras que a sus oídos llegaba el estridente silbido de un policía.

Después, unos brazos poderosos la arrastraron hasta dentro de uno de los portales mientras que la acera, en aquel lado, quedaba

sospechosamente desierta.

Julia sintió que se mareaba, que estaba a punto de perder el conocimiento, que iba a enloquecer de terror. Locamente intentó apartarse de aquellos brazos y entonces se vio sujeta contra el pecho de un hombre.

—¡No...! ¡No, por favor...! —musitó aterrorizada.

Y levantó la cabeza. Abrió mucho los ojos, y luego, en un arranque incontenible apoyó su linda y pelirroja cabeza en el hombro del agente del

F. B. I.

Joel Paterson.

Estalló ahora en una risa nerviosa, y luego se echó a llorar de manera convulsiva.

Fuera, en la calle, los silbatos de la policía seguían sonando mientras el tráfico, enorme a aquella hora, se detenía por completo. Luego hubo varios disparos y después el silencio. Unos segundos más tarde se restablecía la circulación.

Paterson no dijo nada. Seguía sosteniendo a Julia por la cintura sin que ella protestara, sabiendo que sólo era un ademán protector. Súbitamente en el umbral del norial se perfiló la figura de un agente de uniforme. Miró a la pareja y sonrió de manera tranquilizadora a Julia. La muchacha agradeció la sonrisa, que se vio interrumpida en seco ante la pregunta de Paterson:

—¿Le cazaron, agente?

—No, señor. Se dio a la fuga por la escalera de incendios, al otro lado de la calle, mucho antes de que ninguno de mis compañeros pudiera doblar la primera esquina. Creo que disparó desde aquel edificio de enfrente —dijo señalándolo con el brazo extendido—. Supongo que con un rifle de aire comprimido o algo análogo.

Esto ya lo había pensado Paterson, pero no lo dijo. Se limitó a replicar:

—Le agradeceré, si descubren algo, lo comuniquen inmediatamente al inspector Genter del

F. B. I.,

que es el encargado de este caso.

—Así se hará, señor.

El agente se retiró, y Paterson se volvió encarando a la que no hacía nada por librarse de su brazo, y que ahora le estaba mirando

rectamente a los ojos.

Y fue ella la primera en hablar:

—Aunque me doy cuenta de que me vigilaba, no tengo más remedio que darle las gracias. Sé que le debo la vida.

Paterson no perdió la ocasión:

—¿Por qué no me lo cuenta ahora todo? Ya ve que a pesar de...

—No siguió por aquel camino, simplemente añadió—: No le mentimos cuando aseguramos que su vida peligrosaba. Sospechamos que en todo esto, Don T.

O'Sullivan

tiene mucho que ver. Éste no perdona. ¿Por qué no se confía a mí, *miss* Emerson?

La vio vacilar y sonrió creyendo que ya había ganado la partida. Pero el federal se equivocaba.

—Dije todo lo que sabía, agente —replicó ella—. Simplemente lo que Sabía. Aún no me explico por qué hay gente que quiera matarme. No..., verdaderamente no me lo explico. ¿Y usted?

Y se soltó repentinamente, yendo a la calle. Paterson la siguió con el ceño fruncido y entonces soltó aquella pregunta:

—¿Qué sabe de Dalilah Miller?

Julia se detuvo en seco y se estremeció. Luego encaró al federal, que ya estaba inmediatamente detrás de ella:

—¿Qué diablos tiene que ver ella en todo esto? ¿Es por el simple hecho de que sea una conocida mía por lo que me lo pregunta?

Paterson vio que estaba furiosa y se apuntó un tanto a su favor. Por fin había conseguido romper la coraza de impasibilidad con que se había rodeado la joven.

Contestó rápidamente:

—Eso no influye para nada, *miss* Emerson. Es... que ella, cantante como usted..., tiene amigos que no nos gustan.

Julia quedó pensativa. Luego, de manera rápida y que desconcertó momentáneamente a Paterson, dio media vuelta con un revuelo de encajes, falda corta y maravillosas piernas, se adelantó unos pasos, y más rápidamente aún tomó un taxi.

Cuando Paterson quiso darse cuenta de lo que había pasado, Julia y el automóvil se perdían Boulevard Michigan abajo, para luego, y después de dar un par de vueltas, encaminarse rectamente a su apartamento de River Forest.

Julia descendió del vehículo, atravesó la calzada y se metió en el ascensor.

Tuvo miedo cuando abrió la puerta de su apartamento, y aún mucho más cuando empujó la puerta del vestíbulo. Entonces chilló agudamente ante la figura que había sentado en uno de los sillones, fumándose uno de sus cigarrillos turcos, y bebiéndose su *whisky*, todo esto al parecer con absoluta tranquilidad.

CAPÍTULO VI

El hombre se puso en pie de un salto, y Julia recobró el color. Luego, llena de furia, le vio avanzar hacia ella con la sonrisa en los labios.

—Hola, dulzura. ¿Te asusté acaso?

Había burla en todo él. Esto era lo que la sacaba de quicio. Por eso cuando fue a besarla hizo un esguince escapándose de sus manos y fue hacia el otro extremo del vestíbulo.

—¡Maldito seas, Harry Stivens! —dijo—. ¡No me toques!

Stivens no lo hizo. Se limitó a volverse hacia donde estaba. Tomó el vaso con el *whisky*, aspiró con deleite una espesa bocanada de oloroso humo y luego se puso a contemplarla.

Al instante se dijo que verdaderamente Julia seguía siendo una hermosa Venus en edición especial. Y volvió los ojos a otro lado cuando ella maligna, se sentó frente a él cabalgando una pierna sobre la otra.

No sonrió cuando preguntó:

—¿Dónde diablos te has metido hasta ahora, Harry? ¿Sabes que la policía y el F. B. I. te están buscando?

—Ya lo sé, dulzura —replicó con entera tranquilidad—. Pero eso son gajes del oficio.

Y seguía mostrándose obstinado en no mirarla.

—¿Sabes lo que me ocurrió por culpa tuya, Harry?

Y Stivens notó el rencor en su voz. Al punto se dijo que tendría que consolarla de alguna manera. Entonces la miró, aunque al parecer no se sintió atraído por otra cosa que no fuera su cara.

Pero ella se retrepó contra el respaldo del sillón y echó la cabeza hacia atrás entreabriendo los rojos labios.

Al punto la mirada de Stivens se clavó en su blanca y bella

garganta.

—He leído algo de ello, dulzura —dijo con la misma fría tranquilidad anterior.

Julia dio el estallido.

—¿Y lo dices tan tranquilo? Si no me hubieras ordenado buscar a esa... mujer de dos caras, nada de esto me hubiera pasado. He estado en una clínica de la Avenida Michigan más de un mes. ¿Y de qué me ha servido? De nada. De nada como no sea para que al salir de ella alguien haya intentado matarme, en pleno día, y en plena Avenida Michigan. ¿Crees tú que merece la pena seguir corriendo riesgos por un marrullero como tú? ¿Por un fisgón de la peor especie?

Julia supo al punto que le había hecho daño cuando le vio levantarse y depositar lenta, muy lentamente, el vaso de *whisky* sobre la mesita del tresillo.

—Lamento todo eso, Julia —dijo con voz ronca—. Y mucho más, ya que como dices ha sido culpa mía. ¿Quiénes fueron los hombres? Me refiero a los que te golpearon. El otro no, el que disparó contra ti, no entra en la pregunta. Supongo que nadie le vio y que escapó como si tal cosa. ¿Me equivoco?

Julia no replicó al pronto. Se levantó del sillón sin cuidarse poco ni mucho en como quedaba su falda y avanzó hacia él, moviéndose peligrosa y felina. Stivens vio una extraña luz en sus ojos, pero que él conocía bien, como todo lo suyo.

Unos segundos después se vio envuelto en su suave perfume. Julia habló ahora, cuando le rozaba.

—No esperes que te lo diga, Harry Stivens —dijo.

Rió él en silencio unos minutos, y ella supo en el acto que su risa era forzada.

—Escucha, Julia —y según los pensamientos de ella la cosa iba en serio, ya que él nunca la llamaba por su nombre, a no ser que estuviera muy irritado—. Me acusas de que no merece la pena correr riesgos por mí. Puede que tengas o no razón. Eso no lo sé aún. Sólo puedo decirte una cosa. De eso he vivido durante algunos años, de ser un fisgón entremetido. Otra de tus acusaciones de hoy, Julia. No te diré nada ahora de lo que pasó con anterioridad al momento en que te conocí, pero sí algo que quiero que sepas. Durante mucho tiempo he intentado, o, mejor dicho, he perseguido

a un fantasma llamado Don T.

O'Sullivan.

He fracasado por completo, hasta que la casualidad me hizo meterme en la casa de x. Prescoe cuando éste acababa de ser asesinado, al parecer por la misma que iba a ser su heredera, según propia confesión. Ahora tengo algo entre las cejas que no me deja dormir. ¿Por qué no eres buena chica y me lo cuentas todo? ¿La encontraste? Apuesto a que no. ¿Quiénes eran esos hombres, Julia? La Prensa dice que eran dos. ¿Quiénes, di? —Y agregó como para sí mismo—: Si al menos pudiera encontrar a Stella Deale. ¿Quiénes eran, Julia? ¿Les conoces?

Ella vaciló mientras notaba que se sentía incapaz de negarle nada. Que si se mostró evasiva con la policía había sido precisamente por esto, para decírselo a él, aun a costa de su miedo, de su terror hacia un simple nombre.

Stivens no la apremió a pesar de notar su vacilación. Simplemente se apartó de ella y tomó el vaso, del cual bebió un buen sorbo. Encarándola de nuevo la miró.

Entonces fue cuando ella dijo:

—Voy a contártelo todo, querido.

Y antes de empezar a hacerlo con todo lujo de detalles, Stivens, al oírse llamar de forma tan cariñosa supo que el principio de tormenta había pasado como tantas y tantas veces.

Sin interrumpirla la escuchó hasta el final, que terminó con una pregunta llena de terror:

—¿Crees que es cosa de Don T.

O'Sullivan,

Harry?

Stivens notando su miedo contestó con una mentira:

—

No. O'Sullivan

no se dedica a cosas de tan poca monta. ¿Qué diablos iba a ganar, suprimiendo a un viejo físico de Cabo Cañaveral?

Pero como se ha dicho, pensaba en otra cosa, ya que tenía casi la certeza de saber por qué.

Julia hizo un mohín delicioso al conjuro de sus palabras y el miedo desapareció de su rostro. Luego se volvió hacia él con mayor intensidad que nunca.

—Me estás mintiendo, Harry, y te agradezco la mentira. Pero Latimer y Chips dijeron que si no callaba a él no le gustaría. Luego han intentado matarme. Sé que de un modo u otro han sabido que la policía me tenía vigilada y que hablé con ellos. ¡Me... me matarán, Harry! ¡Lo sé!

Stivens sonrió levemente, y luego soltó una limpia carcajada:

—Nada de eso, dulzura —dijo, para después hacerla respingar con su siguiente pregunta—: ¿Qué sabes de Dalilah Miller?

—¿Qué día...?

Y se cortó en seco mirándole con sus grandes ojos llenos de asombro.

—Simplemente que era o es tu amiga. Me gustaría saber algo más de ella. Por eso te pregunto.

—Eso mismo me preguntó el
F. B. I.

—replicó ella.

Y ahora el que respingó fue Stivens.

—Sí, ¿eh? —dijo—. Será menester ir a verla.

Julia le miró suspicaz.

—Creo que sigue cantando en...

—Sé dónde canta —atajó Stivens—. Iré a verla antes de que al F. B. I, le de por hacerlo y me eche la zancadilla. Eso si no han ido ya.

Julia seguía mirándole del mismo modo cuando preguntó:

—¿La conocías, querido?

Lo de «querido» sonó de manera muy distinta a los oídos de Stivens. Por tanto la miró de frente y preguntó:

—¿Celosa, dulzura? ¿Y de mí?

—Eres un engreído, Harry Stivens —replicó ella al punto para acto seguido preguntar de nuevo—: La conocías, ¿no?

—Sí, La conocí en otra época.

Y ella no le preguntó en qué época había sido. Simplemente dijo:

—¿Cuándo piensas ir a verla?

—Quizá esta misma noche.

Y con aquella respuesta, por una rara asociación de ideas, Julia cayó en la cuenta de algo.

—Te buscan, Harry. El inspector Genter del F. B. I, me ha preguntado muchas veces por tu paradero y le dije que no lo sabía.

Estoy segura de que hay más de un agente vigilando este apartamento. ¿Cómo podrás irte sin que te detengan al salir?

Stivens la miró atentamente y luego tuvo otro comentario que él juzgó humorístico pero que a ella le crispó los nervios:

—¿Preocupada, y por mí?

—¡Vete al diablo, Harry! —Fue la poco académica respuesta que obtuvo.

Stivens rió mientras replicaba:

—Me iré adonde quieres, pero no antes de la noche. Ya te explicaré cómo.

Luego se acercó a ella. A menos de media pulgada se detuvo para mirarla y a Julia le gustó el brillo que había en sus ojos, aunque procuró disimularlo por todo los medios.

—Voy a darte un beso, ricura —dijo enlazándola por la cintura.

Julia no dijo nada, se dejó llevar y le enroscó los brazos el cuello ronroneando como un gatita mimada. Stivens sintió calor en todo su cuerpo notando por momentos que perdía el resuello.

Lentamente se separó ella mirándole a los ojos, provocativa y felina, desafiándole, pidiendo y rechazando al mismo tiempo.

—Eres un sinvergüenza, Harry Stivens —dijo luego, lo que era verdad por eso él no tuvo siquiera un gesto de defensa ante aquellas palabras—. Pero me gustas. Bésame otra vez.

Y Stivens lo hizo después de mirarse en lo más profundo de los ojos de ella. Y al tomarla de nuevo por la cintura, creyó se abocaba a un abismo sin fondo.

La noche cayó sobre ellos sin que el apartamento fuera iluminado. Completamente a oscuras, Stivens miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Eran las nueve y media cuando se acercó a la ventana para mirar por ella. Julia le siguió con los ojos mientras arreglaba un tanto el desaliño de su ropa. Luego fue tras él, y miró también.

—Están ahí, Harry —dijo en un susurro.

Y era verdad. Esto fue lo que pensó Stivens al ver aquellos dos hombres que paseaban por la acera de enfrente, sin hacer nada por ocultarse. Y se preguntó si es que la estaban protegiendo, o bien la vigilaban.

—Péinate un poco, dulzura —dijo sin mirarla—, luego sal a la calle. En frente hay varias tiendas. Compra lo que se te ocurra, y

después, sin despertar sospechas da la vuelta a la manzana. Pero hazlo por el lado contrario. Deseo saber si hay alguien en la trasera de esta casa. Si es así, tendré que quedarme aquí —y ella alegró el rostro ante la perspectiva pero no dijo nada.

Stivens vio cómo se alejaba en silencio y se apartó de la ventana para regresar al vestíbulo. Allí encendió las luces pensando que era mejor que éstas se vieran desde la calle.

Pero las apagó tan pronto como Julia salió del apartamento. Durante más de veinte minutos la estuvo esperando hasta que oyó como ella abría la puerta para acto seguido encender la luz. Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos.

Entonces Julia dijo:

—No hay nadie. Al parecer sólo vigilan la entrada principal. Puedes salir perfectamente por la escalera de incendios.

Y seguido de ella, Stivens fue al dormitorio. Abrió la ventana, y segundos después Julia vio cómo empezaba a bajar. Allá al fondo, a doscientos pies de distancia, el enorme tráfico parecía de juguete. Mirándole a él, Julia sintió vértigo.

Vio como Stivens se volvía un poco para mirarla y forzó una sonrisa. Luego¹ susurró:

—Ten cuidado, Harry.

Stivens rió quedamente.

—Sé cuidarme, dulzura.

—No me refería a esos de ahí abajo, sino a esa lagarta. Dalilah sabe cómo engatusar a los hombres.

Stivens siguió bajando mientras reía.

El «Ánfora Dorada» era uno de los muchos clubs nocturnos de Chicago y estaba situado en la avenida del mismo nombre, en el número quinientos trece.

Stivens descendió del taxi en la misma puerta, a la hora escasa de haber dejado a Julia en su apartamento. Pasó junto al engalanado portero que le miró con suspicacia, pero no dijo nada, y abriéndose paso por entre las abarrotadas mesas alcanzó la pulida barra del largo salón.

Pidió un *whisky* y luego escudriñó el local buscando con la mirada a la que había ido a buscar. Dalilah no estaba. Por tanto Stivens, en vista de que no había nada mejor, fijó sus ojos en una hermosa muchacha, de pelo corto color castaño, y bastante ligerita

de ropa, que entre sonrisas repartía bebidas en las mesas.

Mirando su cuerpo de ensueño, o de pesadilla, según se mirara, la dejó acabar y luego fue a su encuentro poniéndose delante. Ella achicó un poco sus grandes ojos pardos y después se los abanicó sabiamente con las largas y rizadas pestañas.

Se contoneó sonriendo de manera invitadora, en espera de que aquel guapo gigante le dijera algo.

Y al hacerlo, Stivens vio en el acto cómo la decepción se pintaba en su semblante:

—¿No ha venido esta noche Dalilah, ricura?

Hubo una pausa, y después de ésta llegó la réplica dada de mala gana.

—Sí. Hace unos diez minutos que terminó de actuar. Ahora estará en su camerino.

—¿Ocupa el mismo que hace un par de años?

—Claro. Cualquiera saca de él a Dalilah. Bonita es esa gata.

Lo de gata estaba bien debido a sus arrumacos cuando quería conseguir algo. Pero que se le pareciera a este simpático animalito, aunque fuera un poco, eso era mentira. Así lo hubiera manifestado Stivens de no mediar uno de los clientes que llamó de manera impaciente a la belidad castaña.

Stivens siguió el contoneo de sus caderas y luego fue directamente al fondo del local donde estaba instalado el escenario. Junto a éste arrancaba la escalera y sin una sola vacilación subió por ella.

Tampoco vaciló cuando avanzó por el pasillo, hasta detenerse ante la última puerta de la izquierda. Fue allí donde Stivens se detuvo unos segundos mientras se hacía multitud de preguntas. Luego llamó.

No oyó desde fuera los pasos de ella, ya que estaba descalza. Y soltó un respingo cuando abrió la puerta mostrándose ante él.

Porque Dalilah era algo excepcional. No es que fuera una Venus en edición de bolsillo, o especial. Simplemente era una diablesa rubia, con acciones de diablesa, cuerpo de diablesa, belleza de diablesa y movimientos de diablesa.

Ahora estaba mirándole con los ojos magníficos y verdes, fijos en su figura, cubriendo su cuerpo de vampiresa con un vaporoso batín de seda, un tanto transparente, atado a la cintura por el

sencillo procedimiento de hacer un nudo en el cinturón.

Pero esto no era nada, sino que el batín tenía una maligna tendencia de abrirse por delante. Por lo que Stivens respiró con alguna dificultad.

Y aún más, cuando ella, sin cuidarse ni poco ni mucho de las veleidades del batín, retrocedió unos pasos dejándole la puerta abierta. Stivens entró cerrándola tras sí, mientras ella seguía sin quitarle ojo de encima.

Luego, y mientras se sentaba en uno de los sillones del lujoso camerino ella fue a la consola, se sentó encima de un taburete y cabalgó una pierna sobre la otra. Stivens suspiró y dedicó toda su atención a las patas de la mesita.

Dalilah, mirándole a través del espejo, empezó a embadurnarse los labios de «rouge».

CAPÍTULO VII

Estuvo así mucho rato, hasta que por fin, en vista del obstinado silencio de Stivens optó por romperlo diciendo:

—¿No te da vergüenza presentarte en mi camerino después de un año sin verte?

Stivens no la tenía y lo afirmó.

—No, querida. No me da ninguna clase de vergüenza. ¿Acaso debía dármele?

Dalilah dio una rápida media vuelta sobre el taburete con lo que el maligno batín se abrió a ambos lados. Stivens cerró los ojos mientras que de su boca se escapaba un suspiro tan grande como la torre de Pisa.

Ella frunció el ceño.

—Suelta lo que sea y lárgate, Harry. No tengo ningún deseo de verte, ni tampoco de reanudar nada viejo.

—Ya lo sé. Ahora parece que sólo te interesan las cosas nuevas, Dalilah. En eso has cambiado, en lo otro... —Y la miró de pies a cabeza con todo descaro. Luego lanzó un silbido capaz de dejar tamañita a una locomotora y añadió—: Sigues tan fantástica como siempre. Pero... no eres ya mi tipo.

Los ojos verdes llamearon de furia y Stivens se sintió malignamente contento por ello.

—¡Seguro que no! El tuyo ahora se llama Julia Emerson.

Stivens rió bajito y luego soltó la bomba:

—Prefiero eso a que no se llame, pongamos por caso, Templar o Chips. ¿O acaso son los dos?

Dalilah palideció bajo la sabia capa de maquillaje, y sin hacer caso de la postura que había tomado su «deshabillé» replicó:

—Sigues siendo el mismo asqueroso fisgón de siempre, querido.

Pero ahora, se da el caso de que no sé de qué hablar. Y lárgate de una vez, tengo el tiempo justo para cambiarme de ropa y volver a actuar.

Stivens soltó otra de sus risitas y ella se crispó aún más, intentando disimular lo que verdaderamente sentía.

—Escucha, ricura. Por primera vez en mi vida no he venido a ver la anatomía preciosa de una mujer, ni su cara bonita —dijo un tanto secamente—. Suponte, por unos momentos, que en el kilómetro 34 de la carretera 23 Oeste asesinan a un sabio químico. Que un hombre como yo... se marcha de Chicago..., y vuelve sabiendo muchas cosas. Como, por ejemplo, que dos hombres se dedican a apalear mujeres... Y que una de ellas sale, ha sido varias veces vista con uno de ellos, y algunas que otras con el otro. ¿Quién es de los dos tu nuevo amor, Dalilah? He venido a que me digas esto. Uno de los dos pudo matarle, por cuenta, claro está, de Don T. O'Sullivan.

¿Qué sabes tú?

Ella estaba ahora lívida, llena de terror. Stivens no tuvo más que mirarla para advertirlo en un instante. Pero no sospechó nunca que reaccionara de aquella manera.

Y es que Dalilah se bajó bruscamente del alto taburete con lo que la «deshabillé» gastó otra de sus bromas. Stivens no dijo nada porque ahora la estaba mirando a la cara.

—¡Vete al cuerno, Harry! Nada sé de esos dos a quienes dices han visto conmigo. Nada te diré tampoco —luego procuró dar a su voz un matiz irónico pero fracasó, ya que esta ironía salió bastante alterada—: ¿Aún sigues con tu obsesión por ese fantasma, Harvey?

Y rió, con risa que también sonaba a falsa.

Stivens se levantó del sillón y se acercó. Dalilah retrocedió un par de pasos y luego señaló la puerta.

—Lárgate de una vez —dijo—. ¡Lárgate o gritaré pidiendo auxilio! No creo que te guste ya que es a ti a quien buscan los del F. B. I.

¿Creías que no lo sabía?

Stivens se acercó más, y ella no se movió.

—No me gusta pegar a las mujeres —dijo fríamente—. Pero tú te lo mereces, Dalilah. ¡Por el diablo que voy a hacerlo!

Y dio un paso al frente. Dalilah siguió sin moverse, y luego, de

manera repentina se llevó las manos al pecho y tiró hacia abajo. Stivens sintió el crujido de la tela, y oyó como ella decía:

—Me romperé esto y luego gritaré —y tiró aún más—. Lárgate, Harry Stivens. Nada tengo que decir.

Y dio un brusco tirón cuando ya él estaba junto a la puerta, que abrió en el acto. Procurando no mirarla mucho dijo secamente:

—Está bien, Dalilah. Tú ganas por ahora. Ojalá esto no te cueste la vida.

La dejó riendo, pero nunca como entonces sonó tan falsa la risa de la mujer.

Sin acercarse a la barra, sin mirar a la explosiva belleza que ahora estaba bailando en la encerada pista, Stivens alcanzó la calle. Perdió más de media hora en encontrar un taxi, y otra hora en llegar a su apartamento.

Ya en el ascensor, sus pensamientos volvieron hacia aquellos dos hombres, hacia todo lo que había averiguado durante aquel mes, que era bien poco, y a la belleza de Julia Emerson.

¡Buena muchacha!

Se hizo esta exclamación junto a la puerta de su apartamento, y cuando ya la estaba abriendo. Luego soltó otra nada académica por cierto cuando se dio cuenta de que por debajo de la puerta del vestíbulo se filtraba la luz de la lámpara eléctrica.

Llevando en la mano la automática, se acercó de puntillas y luego la abrió de golpe echándose a un lado.

En el primer segundo no pasó nada. Luego sonó una carcajada cristalina y después aquella voz diciendo:

—Pase, Harry Stivens, está en su casa.

Se inmovilizó unos segundos víctima de la sorpresa, hasta que de súbito se sintió ridículo con la automática en la mano. Luego la miró.

Sí; era la Venus de bolsillo. Y estaba allí como si tal cosa, sentada en el amplio sofá extendiendo hacia él sus maravillosas piernas, retrepada contra el respaldo con toda la actitud felina de una pequeña gatita.

Stivens siguió mirándola. Llevaba en la cabeza un absurdo sombrero de ala muy ancha, parecido a una pamelita, sumamente inclinado hacia el lado derecho, cubriéndose la marca de la cara. ¡Como que el ala le rozaba el hombro!

Vestía con sencillez, pero con elegancia, una ajustada blusa que hacía resaltar la firmeza de su busto, y una falda de las llamadas de «tubo» lo bastante corta para que dejara ver con profusión sus bonitas rodillas. Las piernas enfundadas en medias costosas, del más puro y fino nylon.

Stivens guardó la automática en la funda de la axila y cerró la puerta antes de avanzar hacia ella. Stella se inclinó aún más contra el respaldo del sillón mientras entreabría sus carnosos labios.

Respiró él dificultosamente, pero siguió acercándose. Había embrujo en los ojos de la mujer, y Stivens apartó la mirada de ellos. Se detuvo a media pulgada escasa y ella sonrió de manera tal que las ideas de él empezaron a borrarse.

Con un esfuerzo logró preguntar tartamudeando:

—¿Dón... dónde día... blo se metió hasta ahora? Creí que la habían asesinado. ¿Cómo logró entrar en mi apartamento?

Ella rió alegremente y Stivens se dijo que reía con demasiada facilidad a pesar de estar muy reciente la muerte de su padrastro.

—¿Sabe que la busca la policía? Incluso yo la busqué, *miss* Deale.

Volvió a reír y su postura encima del sofá se hizo más felina. Stivens tuvo la intuición de que ella quería conquistarle. Se preguntó «in mente» por qué. Y esperó a que ella contestara, cosa que sucedió exactamente un minuto después:

—También le buscan a usted, Stivens —replicó tranquilamente—. Siéntese a mi lado, pero antes prepáreme algo de beber. Después le explicaré algunas cosas.

Y sonrió echando la cabeza hacia atrás, con lo que Stivens sintió enormes deseos de besarla. Para no hacerla se volvió rápidamente encarando el mueble-bar. Estuvo manipulando en él unos minutos y luego regresó junto a la mujer llevando en las manos sendos vasos de *whisky*.

—Tome —dijo alargándole uno.

Luego se sentó, pero prefirió hacerlo en uno de los sillones y no al lado de ella. La miró mientras bebía, procurando mantener siempre en la sombra aquel lado de la cara, y volvió a la carga:

—¿Quiere decirme de una vez dónde ha estado, ricura?

Al punto vio como ella arqueaba la única ceja que tenía visible, cómo paladeaba un poco de licor, para acto seguido depositar

blandamente el vaso encima de la mesa, y encararle, pero siempre presentando el mismo perfil.

Sus labios y toda su actitud era una tentación para él. Stivens la miró y ella se inclinó un poco hacia él y por unos segundos olvidó todos sus temores y sospechas ante aquellos labios temblorosos.

Alargó las manos y en un segundo ella estuvo en sus brazos. Stivens perdió la noción de las cosas. Ni siquiera se dio cuenta de que el sombrerito había caído al suelo.

Pero luego, y de manera repentina, la soltó separándola de sí lentamente. Se puso en pie mirándola, y después, de manera brusca la tomó de la barbilla obligándola casi a presentarle los dos lados de su cara. Al instante la soltó con la misma brusquedad que la había sujetado por la barbilla:

—¿Quién diablos es usted? —preguntó.

Porque aquella mujer no era Stella Deale. No podía serlo de ninguna manera. Era, eso sí, una Venus, con mayúscula, y en edición de bolsillo con minúscula. Pero tenía los dos lados de la cara completamente bien. Se estaba arreglando el desaliño de la falda después de haberse alisado el pelo con ambas manos cuando contestó, haciéndolo a la primera pregunta de él:

—He estado en mi casa, Stivens. En el número 1598 de la Quinta Avenida en Nueva York. Vine esta mañana sólo para verle, cuando por los periódicos me enteré de la muerte de mi padrastro y de la desaparición de mi hermana gemela.

Stivens la miró con la misma expresión del que hace esfuerzos por tragar algo desagradable:

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó mientras se daba cuenta de que era una pregunta sumamente necia. Ella pareció pasarlo por alto puesto que explicó:

—Supe lo de mi hermana, como ya he dicho, y me vine para acá. No me fue difícil enterarme de todo por la Prensa. Por ella supe que le buscaban como sospechoso, y que no le habían encontrado aún. Busqué en la guía de teléfonos su domicilio y vine. No me fue fácil forzar la cerradura. Por eso entré, para decirle que yo no creo que fuera usted quien matara a mi padrastro, aunque bien pudo ser el que trasladó el cadáver a Chicago. ¿No me cree?

Esta última pregunta la formuló al ver la actitud de Stivens, y más que esto la expresión de su rostro.

—No —replicó Stivens tranquilamente.

—¿Por qué? Le estoy diciendo la verdad. ¿No lo comprende?

—¡Hum! Si es así, ¿cómo no me dijo *miss* Stella Deale que tenía una hermana gemela cuando la vi por primera vez?

Y ella se dió cuenta de que él no negaba su participación en los hechos.

—No nos llevábamos bien, Stivens. Principalmente desde que ella se quemó parte del rostro. Esto la afeó bastante y supongo que al verse a mi lado cogió eso que llaman complejo de inferioridad. Seguramente a nadie le dijo nunca que tenía una hermana gemela.

—Que al no vivir ella, si es que la han asesinado, será la que herede a ese viejo físico —replicó Stivens sin respeto alguno por el muerto—. Y aún hay más, ricura. La forma que has tenido de echarte en mis brazos. ¿Por qué?

Ella le miró de frente y se levantó yendo hacia él. Stivens se puso instintivamente en guardia.

—Simplemente quería saber si es verdad lo que dicen de usted. Que cuando está al lado de una mujer hermosa olvida inmediatamente cualquier otra. Sólo fue por eso.

Aquello no podía ser verdad, y Stivens lo sabía. Sabía que había otro motivo, pero no dio con él. Por tanto, pensó en callar, darse por satisfecho y averiguar por sí mismo lo que había en la actitud de ella.

—En cuanto a la herencia —siguió ella— sí..., creo que sí, que será para mí.

—Eso si la deja Don T.

O'Sullivan

—replicó Stivens sin que ella hiciera el menor ademán sospechoso.

—¿Quién es T.

O'Sullivan?

—preguntó después.

Stivens se encogió de hombros.

—No lo sé. Aunque muchas veces creo que es un mito o un fantasma. ¿No oyó hablar nunca de él?

Ella denegó con la cabeza y entonces Stivens formuló otra pregunta:

—¿Cómo se llama, ricura? ¿Y qué espera de mí?

—Mi nombre es Lilian Deale. En cuanto a lo que espero, es que

me ayude usted.

—¿En qué? La policía me busca. Usted lo ha dicho. Bastante trabajo tengo con cubrirme a mí mismo.

Súbitamente ella le tuteó:

—No parece importarte mucho, ¿verdad?

No, no le importaba. Pero Stivens no lo dijo. Simplemente se limitó a encogerse de hombros.

Luego replicó:

—Bien. ¿Qué quieres que haga?

Ella se acercó tanto, que ahora Stivens notó su aliento y su perfume. Sus ideas vacilaron de nuevo e hizo un esfuerzo para evitarlo, cosa que consiguió a medias.

—Antes de venir aquí, estuve en la casa de la carretera 23 Oeste, Harry —dijo—. Allí no había nada de interés y fui a buscar a la policía. Me... me entregaron unas cartas, que juzgo son importantes. Alguien estaba haciendo un chantaje a mi padrastro. Supongo que se negaría a pagar, cansado de hacerlo y le mataron.

Stivens la miró con gesto suspicaz, sin mostrar exteriormente el interés que sentía ahora por las explicaciones de ella.

—Ningún chantajista mata a la gallina de los huevos de oro, Lilian —observó.

—Algunas veces lo hacen. Sobre todo si éste dice «no» de pronto, y amenaza, a pesar del deshonor, ir con el cuento a la policía.

Aquello podía ser así, o no serlo. Pero Stivens calló también esta vez. ¿Cuáles eran sus pensamientos?

—De acuerdo —fue lo que replicó—. Sigue.

—Queda muy poca cosa. Mañana pienso que vayamos a la quinta. Allí te mostraré esos papeles. Puede que haya algo que te de una idea sobre quién pudo ser el criminal.

Stivens la estuvo contemplando más de tres minutos en el más completo silencio y luego replicó de nuevo:

—De acuerdo —hizo una pausa y siguió diciendo—: Sea, pues, mañana. Ahora te acompañaré a tu hotel.

Ella sonrió.

—He pensado quedarme aquí. Como te dije, llegué esta mañana en avión, y he estado tan atareada que se me ha olvidado buscar uno. Por otra parte, la quinta me causa horror. Es tan grande... ¡y

allí sola...!

Su sonrisa y sus ojos eran prometedores. Stivens la miró denegando con la cabeza. Luego miró el reloj.

—Es temprano aún —dijo—. Por tanto tenemos tiempo sobrado de encontrarte alojamiento.

Y ella volvió a pensar que a él parecía importarle muy poco que todo el F. B. I, de Chicago le estuviera buscando. La prueba la tenía en que no había vacilado en ir a su apartamento, sin el temor de que la policía, y no ella le estuvieran esperando.

Pero lo mismo que en varias ocasiones Stivens había callado lo que estaba pensando, ella también lo hizo ahora.

—Vamos —replicó después.

Y fue hacia la salida seguida de Stivens, que suspiró al comprender que se la había quitado de encima de una manera harto fácil.

Pero no fue así, ya que cuando llegaron a la puerta de la calle, ella le encaró mirándole a los ojos.

—Dame un beso, Harry. No pretenderás dármelo en la calle, ¿verdad?

Stivens la miró y empezó a hacerlo de mala gana. Hasta que ella le enroscó los brazos al cuello.

Después, faltarle de aliento, la miró. Ella estaba levantando de nuevo su hermosa cabeza hacia él y musitó moviendo apenas los labios:

—No te ha costado mucho olvidar a Julia Emerson, ¿verdad, Harry?

Stivens retrocedió pegando la espalda contra la puerta y ella rió cuando vio la expresión de sus ojos.

—¿Cómo te has enterado de eso, Lilian?

—¡Oh! Cualquier rotativo de Chicago publica la historia entera. Dicen que ella recibió una fenomenal paliza por ocultarte. ¿Es cierto eso?

Stivens prefirió besarla antes de replicar a aquello. Y lo hizo.

¡Julia! La había olvidado por completo. Pero eso no era todo. Lo otro, lo más peligroso, lo había olvidado también, y precisamente por causa de Julia. Y ahora, aquella otra, Lilian Deale, se lo estaba recordando.

Dejó de besarla y dijo repentinamente:

—Puedes quedarte en el apartamento, Lilian. Acabo de recordar que aún tengo que hacer esta noche una cosa sumamente urgente. Te veré mañana.

Cuando terminó de hablar, tenía la puerta abierta por completo, y Venus en edición de bolsillo, le miraba con un gesto de estupor en su semblante en el cual no había disimulo alguno.

Cuando quiso reaccionar, Stivens se perdía escalera abajo con la misma velocidad de un avión a propulsión.

Lilian regresó al vestíbulo no sin antes haber cerrado la puerta detrás de ella. Una vez en él, sacó del bolso un largo cigarrillo y lo encendió.

Con la primera bocanada de humo empezó a beber un poco de *whisky*. Luego se tendió felinamente en el sofá, después de tirar al suelo los zapatos y clavó la vista en el techo.

CAPÍTULO VIII

El hombre era alto, macizo como un bloque de granito, gigantesco y pesado. ¡Enorme!

Tenía una porra de goma en la mano, y estaba dentro del apartamento aquel, situado en el número 899 de Ohio Street. Recostaba su inmensa mole contra la puerta, como tratando de impedir que alguien la abriera desde fuera.

Llevaba una chaqueta de «cheviot» en colores chillones y detonantes, de confección, y que aunque era de la talla más grande, parecía amenazar con estallar por las costuras y la espalda.

Su corbata era de un amarillo rabioso, y su camisa hacía juego con ésta ya que también era a cuadros, en los que predominaban el negro y el amarillo.

Pantalones que en los muslos amenazaban reventar, y que por los bajos dejaban ver más de seis dedos del calcetín a cuadros rojos y café con leche.

Un enorme sombrero le cubría la cabeza, y el ala le tapaba un poco su enorme cara brutal como pocas, donde brillaban dos ojillos negros y brillantes como ascuas.

Dentro, posiblemente en el «*living*», se oían multitud de ruidos, abrir y cerrar de cajones, y algún que otro crujido de muebles. Era, como si hubiera una o más personas intentando destrozarse todo lo que había en el interior del apartamento.

Dick West, recostado contra la puerta escuchaba. Su enorme boca dejó entrever una beatífica sonrisa cuando dentro del vestíbulo sonó un crujido más siniestro que los anteriores.

No hizo caso. Él estaba allí para impedir la entrada de algún curioso, mientras que en el vestíbulo, Latimer y Chips lo registraban todo. Ahora no eran los atildados caballeros que conoció Julia

Emerson en «La Orquídea», sino dos siniestros gorilas, que lo estaban revolviendo todo, buscando un pequeño libro-registro.

Un libro-registro, o algo parecido capaz de contener las notas que a Don T.

O'Sullivan

le interesaban.

Más adentro, en el interior del dormitorio de soltero, todo andaba de cabeza. Parecía como si un huracán hubiera pasado por allí, no hacía ni tres segundos.

El armario ropero estaba revuelto completamente y la mayoría de las prendas esparcidas por el suelo. Los sillones, desfondados por completo, y encima de la cama, atravesado en ella, había un hombre.

Era aún joven aunque no en demasía ya que su edad oscilaba, entre los cuarenta y cuarenta y cinco años, tenía un balazo en medio de la frente, y otro en el pecho. Su cuerpo aún estaba caliente.

La sangre empapaba completamente el suelo. También esparcidos por éste, se veían varios instrumentos quirúrgicos.

En el vestíbulo, Latimer y Chips seguían registrando. Al fin, el segundo se dio por vencido. Se enderezó en toda su estatura y miró a Latimer que seguía inspeccionando detrás del marco de un retrato.

—¿Has encontrado algo?

—No. Y ese cerdo... Se te fue la mano muy pronto, Chips. Eso no le gustará al jefe.

—¡Al diablo tú y...! —Chips no se atrevió a acabar su frase. No al menos tratándose de Don T.

O'Sullivan

—. ¿Qué quieres que hiciera, dejarle que me pasaportara para el infierno?

Templar sonrió levemente.

—No. Ya sé que no hubo más remedio...

—Entonces, ¿por qué hablas de esa forma? ¿Crees que lo hice con segunda intención?

Durante unos segundos los hombres se miraron.

—¿Tienes ganas de gresca, Chips?

—No. Pero sé lo que nos espera, a pesar de que fui yo quien lo

pasaportó. No, no le gustará. Luego, ese maldito Stivens. Después, esa cantante. Luego..., la desaparición de Stella Deale, y Julia. Sobre todo, Julia.

—Ésa ya no es cuenta nuestra, Chips. No lo olvides.

Chips se palpó la mejilla en la que aún había un esparadrapo y sus ojos brillaron de manera inusitada.

—Lo sé —dijo—. Pero eso no quita para que yo diera diez años de vida por estar a su lado unos cuantos minutos. ¡Maldita gata!

Latimer sonrió y el rostro de Chips se crispó un tanto.

—Ya lo sé, Chips —dijo aquél en tono conciliador—. Pero eso ya no es cosa nuestra —repitió—. Por tanto olvídate de ella. Además, ya recibió lo suyo.

Chips no replicó. Ahora, como puestos de acuerdo, arabos miraron alrededor. Y fue Latimer quien musitó como hablando consigo mismo:

—¿Dónde diablos lo escondería?

Chips se encogió de hombros por toda respuesta. Luego de unos minutos de silencio dijo encarando al que ahora tenía la vista clavada en la ventana:

—Será mejor que nos larguemos de aquí. Hemos hecho bastante ruido para que la policía venga de un momento a otro.

Latimer rió silenciosamente.

—No seas estúpido. Ese cerdo no pudo disparar. Por otra parte, tu automática tiene silenciador. Apuesto a que nadie oyó el disparo.

Estaba tranquilo. Como si no hubiera ocurrido nada. Como si a cinco yardas de distancia no se encontrara el cadáver de un hombre al que acababan de asesinar.

Chips también lo estaba aunque no tanto. Y eso que sabía que en la calle había dos hombres y en la trasera de la casa otros dos. Éstos avisarían si había algún peligro inminente.

—Puede que tengas razón, Latimer —replicó—. Pero aquí ya no hacemos nada. ¿Vamos?

Latimer se encogió de hombros y luego asintió con la cabeza. Avanzaron hacia la puerta, justo en el momento en que en la calle estallaba el seco estampido de una automática de gran calibre.

En la puerta, Dick West dejó de jugar con la porra y tensó toda su mole granítica clavando sus ojillos en la puerta del vestíbulo.

Allí, Latimer y Chips se miraron. Fue entonces cuando estalló en

la calle otro disparo seguidos en el acto por dos más. Y ambos, al mismo tiempo, llevaron las manos a las fundas de las axilas.

Luego fueron hacia la puerta de la entrada. West apartó su inmensa mole para dejarles pasar, pero ni Chips ni Latimer la abrieron. Escuchaban.

CAPÍTULO IX

Una vez en la calle, Stivens miró a todos lados. Luego maldijo a los taxistas de Chicago y después a todas las Julias que había conocido, y luego, por último, a aquella Lilian que decía ser hermana gemela de Stella Deale. Una mujer que nada más verle se había refugiado en sus brazos.

Con un gesto de fastidio en su rostro, llevando la automática en el bolsillo de la chaqueta, siguió calle abajo en espera de que pasara un taxi.

Bajo uno de los faroles del alumbrado, consultó el reloj. Era tarde, muy tarde al menos para hacer una visita. Y ahora, como ya había acabado con las gentes a quienes maldecir, se maldijo a sí mismo, sabiendo que aquella visita tenía que hacerla, que debió haberla hecho antes. Ahora... ahora puede que fuera demasiado tarde.

¡Porque el hombre al cual iba a ver, puede que fuera la clave de todo aquel tinglado!

Si no era así, al menos podría orientarle en algunas cosas. Cierto que le iba a costar trabajo el arrancarle una confesión. Tendría que sobornarle bastante para que se decidiera a cantar lo que sabía.

Porque él, y ahora más que nunca, creía poseer la clave de todo ello. El único eslabón que le faltaba para completar la cadena era la declaración de aquel hombre.

Podía tener un precio. Lo tendría, de eso él estaba seguro. Lo que hacía falta era saber cuánto.

Y Stivens sonrió ahora al pensar que días atrás hubiera dado cualquier cosa por un solo centavo, y que ahora poseía quince mil dólares, que si bien no eran suyos, podían servir para sobornar a aquel hombre. Luego, cuando acabara todo, si es que salía con vida,

ya presentaría cuentas a quien se las pidiera.

Repentinamente vio el taxi. Venía despacio después de haber doblado la esquina inmediata y tenía la luz, que señalaba que estaba libre, encendida.

Stivens hizo señas al taxista y éste arrimó el coche al bordillo. Subió y dio una dirección. El automóvil empezó a correr a toda máquina aprovechando la casi total ausencia de tráfico dado lo avanzado de la hora.

Retrepado en el asiento, Stivens volvió a pensar asaltado por los mismos temores de antes. De llegar demasiado tarde. ¿Y si le habían matado? En un caso así ya no existiría prueba alguna en contra de Don T.

O'Sullivan.

Nada serviría para probar su identidad. Pero...

El súbito pensamiento se electrificó. Tanto es así que inmediatamente dejó el cerebro en blanco, temeroso de seguir pensando. Nerviosamente encendió un cigarrillo.

Envuelto en una nube de agrisado humo se preguntó si la muerte (siempre que hubiera sido asesinado) de aquel hombre, no corroboraría todas sus sospechas en cuanto a la identidad de Don T.

O'Sullivan

se refiere.

Se contestó que sí cuando ya estaba llegando a la esquina de Ohio Street. Entonces ordenó parar al conductor. Pagó y descendió del vehículo. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y con ella crispada en torno a la culata avanzó pegado a las fachadas de hormigón.

De portal en portal se fue acercando hacia su meta. Próximo ya al número 899 se detuvo. La calle le pareció completamente desierta y tranquila. Entonces avanzó de nuevo.

Diez yardas más allá, el hombre salió inopinadamente de uno de los portales. Stivens vio brillar algo en su mano, y luego el relumbre del fogonazo. Lanzando una maldición se pegó a la pared y el plomo se aplastó contra el hormigón una pulgada por encima de su cabeza. Disparó a través del bolsillo lamentando tener que destrozarse la americana.

Frente a él, el hombre dio un traspié, soltó la automática también provista de silenciador y cayó golpeando con la cabeza el

asfalto. Stivens corrió ahora por la acera pero llevando ya la pistola en la mano.

Dos fogonazos a su izquierda, y el silbido agudo de los proyectiles junto a su rostro le inmovilizaron en seco, pero fue sólo un segundo. Al siguiente giró sobre sí mismo encarando al «gángster» y disparó.

Falló y se lanzó al suelo mientras el otro disparaba de nuevo. Stivens apretó el gatillo otras dos veces más, y el alarido de agonía de aquél le puso el pelo de punta.

Se levantó sacudiéndose los pantalones y corrió hacia el número 899 adivinando que había llegado demasiado tarde.

La puerta del portal estaba abierta. Stivens fue a entrar cuando un nuevo proyectil le atravesó las hombreras de la chaqueta, sin producirle el menor rasguño, y luego arrancó chispas de la cancela de hierro. Se inclinó mientras giraba sobre sí mismo empuñando la automática. Disparó contra la sombra que saltaba hacia uno de los portales y le cazó a vuelo.

Lo comprendió así cuando el hombre pareció detenerse en medio de su salto para luego caer a plomo sobre la dura acera. Stivens retrocedió de espaldas, y sin perder de vista la calle entró en el oscuro portal.

No encendió la luz automática de la escalera, pensando acertadamente que podían haber más hombres en la calle. Con los pies tanteó los peldaños y empezó a subir lentamente.

Un rellano, dos, tres, cuatro... ¡Aquello no parecía tener fin!

Tenía prisa, una prisa loca por llegar al décimo piso. Por encontrarse dentro del apartamento de Jim Mac Namara. Por saber si estaba muerto y había llegado demasiado tarde.

Pero se dominaba. No podía correr más riesgos. Bastante tenía con lo ocurrido en la calle hacía escasos minutos. Su vida había pendido de un hilo, y si no se la habían cortado era debido a que el hombre que esperaba en el portal obró como un novato, al surgir de él inopinadamente cuando muy bien pudo seguir amparado en las sombras de aquél, y luego, pegarle un tiro por la espalda.

Stivens siguió subiendo con la misma lentitud del principio. No había querido utilizar el ascensor, intuyendo que tal vez dentro del apartamento había alguien más, y que quizás le estuviera esperando.

Ya junto a la puerta de aquél. Stivens pensó en si alguien no habría telefonado a los «gangsters» advirtiéndoles de que él iba a ir allí. Si era así... ¿Tal vez Julia?

Esto no era posible, él no habló con nadie de aquello, y a nadie tampoco había comunicado cuáles eran sus sospechas.

Tanteó ahora la puerta de manera suave y precisa. Le empujó levemente notando que estaba abierta. Esto en vez de darle confianza le hizo tensar todos sus músculos de atleta.

Se dispuso a abrirla de un empujón. Y seguía llevando en la mano la automática.

Detrás de ésta, West esperaba completamente a oscuras, al acecho, lo mismo que una alimaña, llevando la porra levantada sobre su cabeza. A los lados del pequeño pasillo, encarándola, estaban Chips y Latimer. Ambos llevaban las automáticas en la mano.

De los tres, tan sólo fue West el que notó el leve movimiento en la oscuridad. Sonrió malévolamente y se aprestó a intervenir. La puerta se movió de nuevo y West hizo una mueca conteniendo a duras penas su poderosa respiración.

En el pasillo, frente al hueco del ascensor, Stivens respiró hondo y luego fue a la puerta. Pero no cargó sobre ella, sino que la abrió de un violento patadón, y en el acto se lanzó de cabeza hacia el interior.

West dejó caer la porra justo en el momento en que Stivens pasaba por debajo de su brazo con la misma velocidad que un obús. Detrás de él, y en el momento de tropezar con el filo de la espesa alfombra, oyó nítidamente el fenomenal trompazo que se dio West contra el suelo al fallar su intento de cascarle los sesos como si se tratara de una nuez.

—¡Cerdo!

Esto lo masculló West cuando ya se estaba poniendo en pie mientras el joven rodaba por el suelo.

Luego fue resoplando como una locomotora hacia donde había oído el ruido de la caída de Stivens, y se tuvo que detener en seco cuando a ambos lados del pasillo empezaron a brillar los fogonazos buscando el cuerpo del caído Stivens.

West resopló haciendo temblar los delgados tabiques y luego maldijo. Su voz la cortó el seco estampido de la automática de

Stivens que disparó en el acto tirando contra uno de los fogonazos.

Chips se llevó las manos a la frente sin soltar el arma. Luego abrió los brazos en cruz y se desplomó pesadamente, mientras Stivens, que no se podía estar quieto, tomaba las de Villadiego en dirección a la abierta puerta del vestíbulo.

Siempre a oscuras la atravesó. Procurando anteponer entre él y los hombres que había fuera (no sabía cuántos) el tabique, se levantó y encendió la luz. Acto seguido se lanzó de cabeza contra el sofá, que volteó con su peso y se parapetó detrás de él dispuesto a mandar al diablo al valiente que se atreviera a aparecer por el hueco iluminado de la puerta del vestíbulo.

Hubo unos minutos de tenso silencio; luego hasta él llegó la voz bronca de West.

—Sal de ahí, rata.

Stivens no se dignó contestar. Esperaba. Y su espera duró poco. Apenas unos segundos. Repentinamente hasta él llegaron los apagados «ploff» de una automática, y los balazos empezaron a repiquetear contra el sofá, y luego a rozar los bordes.

Stivens comprendió que lo estaban haciendo así para no dejarle salir, para que no pudiera defenderse. Iban a atacarle.

Y no se equivocó, ya que West, procurando no ponerse en la línea de tiro de Latimer, y llevando ahora en vez de la porra una pavorosa automática en la mano, cargó sobre él bufando como un toro salvaje.

Stivens le oyó y también como temblaba el suelo bajo sus doscientas noventa libras de peso, y acertadamente se apartó del amparo del sofá pegándose contra la pared contraria.

Fue a tiempo. La poderosa mole de West llegó como el «simoun» en el desierto del Sahara, barriéndolo todo. El sofá, como si fuera una pluma saltó por el aire y se hizo astillas contra una de las paredes.

Luego West apareció en el mismo lugar que antes ocupara, y miró buscando al intruso. Stivens le vio a él y vio también la automática que en su enorme mano parecía un cigarro de diez centavos.

Y no esperó a más, disparó dos veces. El corpachón de West se estremeció ligeramente. Luego se llevó las manos al pecho y después se las miró con gesto estúpido.

Estaban manchadas de sangre, y West lanzó un rugido parecido al de un león africano. Luego encaró de nuevo la pistola, y Stivens, aún sintiéndolo mucho disparó contra él, de nuevo, pero haciéndolo a la cabeza.

West vaciló sobre sus pies y Stivens al verle pensó que cuando cayera el piso se iba a ir abajo. Pero no esperó verlo, sino que giró en redondo hacia la puerta del «*living*», El balazo de Latimer le chamuscó la oreja y Stivens disparó contra él.

Pero Latimer ya no estaba allí, se había ocultado detrás del tabique, para en el acto, y mientras el plomo atravesaba el hueco de la puerta que daba acceso a la escalera, y se perdía entre los montantes del ascensor, salir por ella y bajar de tres en tres los escalones.

Stivens no le persiguió ya que no sabía si aún quedaba alguien más. Por lo tanto esperó sus buenos cinco minutos mientras, y a juzgar por el rumor que surgía de los pisos inmediatos se daba cuenta de que su automática había sembrado la alarma en toda la casa.

Con precaución se acercó a la puerta y la cerró. Luego retrocedió y fue al dormitorio. En el acto vio al muerto; el desorden que allí reinaba, era bastante peor que el del «*living*», y comprendió que había llegado demasiado tarde.

Rectamente se acercó a él y le examinó. Luego palpó sus ropas. Finalmente, empezó a tantear el forro de la chaqueta y sonrió, aunque su sonrisa no tenía nada de agradable. Hecho esto, descosió el forro y sacó de él una pequeña libreta de apuntes.

La ojeó a la luz de la lámpara y después se acercó al teléfono.

Marcó un número y casi al instante le contestó una voz:

—Departamento Federal del

F. B. I.

¿Diga...?

Stivens se tomó unos segundos antes de dar la respuesta:

—¿Está el inspector Richard Genter? Tengo algo importante que comunicarle.

—No. En este momento no está.

Stivens suspiró. Luego dijo:

—¿No hay un sustituto? Se trata del caso del físico asesinado.

Y citó un titular de uno de los rotativos.

Casi en el acto se oyó un respingo y luego una pregunta:

—¿Quién es usted?

—¿Qué importa eso? ¿Ahí hay alguien que me pueda atender, si o no?

No hubo pausa alguna ya que del otro lado de la línea contestaron al segundo:

—Yo mismo. Mi nombre es Paterson. ¿Qué ocurre?

—Y el mío es Harry Stivens —replicó sin poder contener la sonrisa al pensar en el respingo que daría el otro—. Le telefono desde el número 899 de Ohio Street, décimo piso, apartamento B. Hay varios muertos en la calle. Supongo que tres. Aquí otros tres, donde estoy yo. Todo está relacionado con el asesinato de Jonathan X. Prescoe.

No dijo más, y ahora pensó, un poco burlonamente, que al otro lado de la línea estarían en aquel momento confrontando la llamada, ya que le habían dejado hablar sin interrumpirle ni una sola vez.

Pero ahora sí lo hicieron. Y casi en el acto de que terminara de dar aquella sensacional información:

—¡Quédese ahí y no se mueva! ¿Me oye, Harry Stivens? ¡Espere a que llegemos y no siga haciendo el tonto! Con el F. B. I.

no se juega y usted lo ha estado haciendo hasta ahora. ¿Sigue aún ahí?

Stivens miró al techo dejando vagar por su boca una tenue sonrisa.

—Aún sigo aquí —replicó—. Y no se desgañite, agente Paterson, que pienso esperarles hasta que lleguen.

Y sin esperar respuesta colgó. Luego, no deseando permanecer en el «*living*», ante aquel cuadro que le producía náuseas, salió al exterior y esperó.

Y se asombró al ver que el pasillo estaba lleno de curiosos que le miraban en el más completo silencio, sin atreverse a decir nada. En sus gestos hostiles Stivens adivinó que alguien, o tal vez varios, habían llamado a la policía.

Súbitamente uno de los hombres, al darse cuenta de que no estaba armado, al menos lo creía así, avanzó un par de pasos y espetó:

—¿Puede decirme qué ha pasado ahí dentro? Hemos oído ruido de disparos.

Stivens le miró entornando los ojos.

—Compre mañana los periódicos —aconsejó.

Luego dio media vuelta y volvió al interior del apartamento, cerrando la puerta detrás de sí. En el acto oyó las exclamaciones airadas de los vecinos, que se cortaron casi en el acto ante el ulular de las sirenas de la policía.

Cinco minutos después, oyó las voces de los agentes recomendando a los vecinos que volvieran a sus respectivos apartamentos, y dos minutos más tarde empezaron a aporrear la puerta.

Stivens abrió.

CAPÍTULO X

No le conocía, pero nada más verle intuyó que estaba frente al agente del

F. B. I.

Paterson.

Detrás de éste había dos más de uniforme, y cuatro de paisano, dos de ellos llevando las cámaras fotográficas en las manos.

—¿Es usted Harry Stivens?

Se permitió una sonrisa ante la pregunta del agente.

—Sí —replicó pausadamente sabiendo lo que inmediatamente iba a venir detrás—. Soy Harry Stivens.

—Bien. Le detengo acusado del asesinato del físico míster Jonathan X. Prescoe, y le advierto que a partir de este momento todo cuanto usted diga puede ser uti...

Pero Stivens no le escuchaba. Se puede decir que el resto de la bien aprendida frase resbaló sobre él como sobre la epidermis de una tortuga.

—Pasen, ¿quieren? —le cortó.

Y se apartó de la puerta mientras Paterson sacaba unas esposas del bolsillo.

—Será mejor que no haga tonterías, Stivens —advirtió acercándose a él.

Sintió ganas de reír ante la advertencia del federal, pensando que si hubiera querido a estas horas, ni ellos, a no ser por los vecinos, hubieran sabido lo ocurrido en el apartamento hasta muchos días después, ni él estaría aguantando a que le pusieran las esposas.

Pero no lo hizo. Se limitó a seguir al federal cuando éste le empujó al interior del «*living*», donde los otros estaban ya

fotografiando los cadáveres.

Paterson paseó su aguda mirada alrededor y luego se volvió hacia Stivens.

—Mire a ver si encuentra algo que no esté roto y siéntese, Stivens —dijo.

Lo hizo así, luego miró las esposas que llevaba puestas en las muñecas y finalmente clavó sus ojos en el federal. Fue entonces cuando éste preguntó:

—Hizo usted esto, ¿no?

Stivens denegó primero con la cabeza.

—Sólo en parte, Paterson —dijo—. Yo no he destrozado el apartamento. Tampoco me cargué el fiambre que hay en el dormitorio.

—¿Otro más? ¡Cuernos! ¿Quién es?

—El doctor Roger Sloan —replicó mirando a los ojos al federal—. Era... un experto en cirugía estética. Estuvo condenado a cinco años de prisión por cambiarle el rostro a un «gángster». De esto hace ya algunos años. Desde entonces, no ejercía..., al menos legalmente.

El hombre del

F. B. I.

le miró a los ojos y Stivens se dio cuenta de que estaba intentando por todos los medios escudriñar hasta lo más profundo de sus pensamientos.

—¿Algo más, Stivens?

Sí; podía decir algo más, mucho más, pero se lo calló. Y el federal no entendió la sonrisa que por unos momentos jugueteó en su boca.

—Nada más —declaró—. Nada que pueda decir sino al inspector Richard Genter. Lo siento, Paterson. Pero no me pregunte hasta entonces porque no contestaré.

Y así lo hizo. Todas las preguntas que le hizo Paterson se estrellaron ante su silencio. Cuando los hombres acabaron de tomar fotografías e impresiones digitales, el agente federal Paterson estaba sumamente furioso.

Stivens lo sabía. Pero maldito lo que le importaba a él, en aquellos momentos.

Una hora después, se dejó conducir dócilmente a la calle. Ésta

estaba abarrotada de público y Stivens se preguntó de dónde diablos habían salido a pesar de la hora que era.

Y entre todos, una furtiva figura, con los ojos brillantes, le vio subir al automóvil policial. Luego, cuando éste hubo emprendido la marcha, haciendo aullar desaforadamente la sirena, se alejó lentamente por la acera. Entró en la primera cabina telefónica que encontró al paso y marcó un número.

Y la persona que contestó al otro lado de la línea, no reflejó en su voz que estaba somnolienta ni mucho menos. No, no había sido sacada de la cama a pesar de lo intempestivo de la hora.

* * *

Julia Emerson estaba tendida encima del lecho a pesar de ser más de las nueve de la mañana. Sus pensamientos eran los de siempre. Estaba pensando en Harry Stivens, en todo lo que decían los periódicos de él, en la misteriosa desaparición de Stella Deale, y sobre todo en el no menos misterioso don T.

O'Sullivan.

Al llegar aquí, Julia se estremeció. Tenía miedo. Por eso no había ido a «La Orquídea» desde el día en que sufrió aquella brutal paliza. Por eso no iría más, hasta que aquello se terminara, si es que verdaderamente se terminaba alguna vez.

Tenía miedo de salir a la calle, a pesar de los agentes que no dejaban de vigilarla ni de día, ni de noche. Recordaba su salida de la clínica. Alguien disparó contra ella y fue algo milagroso que no la mataran en el acto, a pesar de que el

F. B. I.

estaba a pocas yardas de distancia.

Súbitamente sonó el timbre de la puerta. Julia se sobresaltó. Se sobresaltaba siempre que esto sucedía. Decidió, por tanto, no contestar a la llamada si bien clavó sus hermosos ojos en la puerta del dormitorio, como si quisiera ver a través de ella y de los tabiques, hasta la escalera donde estaría el que llamaba.

El timbre seguía insistiendo en su apremiante llamada. Fue entonces cuando recordó de nuevo a Harry Stivens. Tal vez fuera él. Saltó de la cama y se cubrió con el batín de seda.

Completamente descalza atravesó el «living». Luego, siempre

procurando no hacer ruido fue a la puerta y miró por la mirilla. Sufrió un sobresalto y luego se tensó toda ella. Pero abrió.

Enmarcada en el umbral, sonriendo con alguna timidez, estaba Dalilah Miller.

—¿Puedo pasar, Julia? —preguntó.

No le agradaba la idea, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Sí —replicó secamente; y se apartó de la puerta.

Dalilah entró y Julia cerró detrás de ella. Luego, completamente en silencio, regresó al «*living*» con Dalilah tras sus descalzos talones.

Se sentó en el sofá y señaló con el dedo uno de los sillones.

—Siéntate, Dalilah —dijo, para añadir cuando la detonante y diablesa rubia lo hubo hecho—: ¿A qué has venido?

Había hostilidad en su voz, y Dalilah creyó saber por qué. Replicó por tanto:

—Podría decirte que he venido a verte pero mentiría. Se trata de Harry.

Algo brilló en los ojos de Julia que no pasó inadvertido para Dalilah.

—Sí —replicó—. Ya me dijo que te había conocido. ¿Intentas reconquistarle? ¿Vienes a pedirme que me retire y que te deje el campo libre?

Dalilah rió quedamente.

—¿Estás celosa, Julia? ¡Cualquiera lo diría! Pero puedes tranquilizarte. Ni lo intento ni lo intentaré nunca. Aquello murió definitivamente. Sin embargo, vengo a hablarte de él.

La voz de Julia fue enormemente fría al replicar:

—¿Por qué necesariamente de Harry, Dalilah? ¿No crees que es mejor dejar las cosas como están? No pienso perderle. ¡Métete eso bajo tu pelambreira rubia!

Dalilah rió de nuevo y luego lo soltó:

—Tiene que ser necesariamente de él, puesto que está detenido.

Julia no se movió en tres o cuatro segundos. Luego palideció como una muerta y se puso en pie. Dalilah permaneció sentada, mirándola.

—¿Có..., cómo fue? ¿Cómo lo sabes?

—Lo traen los periódicos esta mañana. Fue anoche. Algo ocurrió en un apartamento de Ohio Street y le pescaron. Está acusado del asesinato de ese físico nuclear.

—El no lo hizo, Dalilah. Eso es absurdo.

La detonante rubia le dio la razón.

—Lo sé —replicó—. Pero hay algo que hacer.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Arreglarte, hemos de ir a ver al inspector Genter del

F. B. I.

—¿Y qué le voy a decir? ¿Qué estoy enamorada de él y que por eso sé que no es el asesino? ¿Crees que por eso le soltarían...?

—¡Diablos, no, Julia! Pero escucha esto. Yo... yo sé muchas cosas que no he querido decir a nadie. Ni a él mismo cuando vino a verme a mi apartamento. Estoy segura de que sé quién es el asesino de ese físico. Julia dio un respingo, Dalilah la detuvo con un gesto, añadiendo después—: Por algo que no me explico bien, él, Harry, estaba aquella noche en la carretera 23 Oeste. En aquella casa. Luego, tal vez esa Stella le engatusó y Harry cargó con el cadáver hasta Chicago sin saber en el lío que se iba a meter... Mira, Julia; ese Jonathan X. Prescoe estaba sacando planos secretos de Cabo Cañaveral y vendiéndolos al extranjero. De una forma u otra, esto llegó a oídos de Don T.

O'Sullivan

—y al nombrarle, Dalilah bajó la voz en un susurro, como si temiera ser oída—. Supongo que intervino haciéndose con algunos de ellos, y de esta forma, mediante el chantaje, empezó a sacarle dinero al viejo Prescoe. Esto ha durado mucho tiempo, dos años o tres. Luego el viejo se cansó de pagar, ya que los chantajistas cada día pedían más, y el

F. B. I.

vigilaba sin descanso impidiéndole, aunque fuera momentáneamente, vender más información al extranjero. Nada podía hacer, se veía en la ruina, y repentinamente dejó de satisfacer la cuota que Don T.

O'Sullivan

le había impuesto como pago de su silencio. Tal vez siguió, o mandó seguir a su mensajero, tal vez llegó a sospechar o saber quién era él, cuál era su verdadero nombre y qué aspecto tenía. Sea lo que sea, se negó a pagar, como digo, y amenazó con denunciar los hechos sin temor a las consecuencias que para él tendría todo aquello. Por eso le mataron. Como ves, Julia, su arrepentimiento

fue tardío.

Dalilah calló ahora y la miró rectamente. Julia Emerson respiraba trabajosamente. Su opulento busto amenazaba con estallar el batín de seda.

Poco a poco, Dalilah se dio cuenta que su excitación decrecía un tanto. Luego, cuando respiró normalmente la oyó preguntar:

—¿Cómo..., cómo sabes tú eso, Dalilah?

La rubia esperaba la pregunta, por lo que contestó rápidamente:

—Tengo algunos amigos, Julia. Ellos no se recatan de hablar en mi presencia.

Julia nada dijo en unos segundos. Simplemente la miraba. Pero luego replicó, y su réplica le dijo a Dalilah que ella era una mujer muy inteligente:

—Suponiendo que todo eso sea verdad, ¿por qué has venido a contármelo a mí?

—Escucha, Julia: he venido porque tú fuiste y aún sigues siendo amiga mía. Harry, en tiempos, también fue algo mío. Eso ya terminó como te dije, pero eso no quita que yo siga amándole. Por tanto, no quiero verle en la cárcel por un delito que sé que no cometió. Tú conoces a Chips y a Latimer, ¿no? —Y Julia se estremeció ante el recuerdo—. Ellos me contaron parte de esta historia y..., ¿no notas nada de extraño en la desaparición de esa... *miss Stella Deale*? ¿No has pensado nunca que bien pudo ser su asesina y que por eso se largó?

Julia no contestó a aquellas preguntas, pero pensaba en todo lo que le había relatado Dalilah.

Replicó con otra:

—¿Qué tienes tú que ver con Chips y Latimer?

Dalilah esbozó una tímida sonrisa.

—Latimer es... muy amigo mío, Julia. No tiene secretos para mí.

—¿Y aún así le vendes?

Dalilah hizo un gesto que dio a entender que no le gustaba la frase. Pero a pesar de él; replicó rápidamente:

—No es que le venda. Pero, puesta en el caso, prefiero a Harry que al otro. Aunque te pese, Julia. Aunque te mueras de celos. ¿Qué piensas hacer?

Julia seguía en pie mirándola con el ceño fruncido. Retrocedió ahora hacia la puerta de su dormitorio. Junto a ella volvió la cara

para mirar a la que, cabalgando una de sus hermosas piernas sobre la otra, no la quitaba ojo de encima.

—Si te llamaran para jurar todo eso delante de un tribunal, ¿lo harías, Dalilah?

La diablesa rubia sonrió de tal manera que si Stivens la hubiera visto seguramente no habría tenido más remedio que silbar, o soltar un respingo; y luego replicó:

—Lo haría. Por eso vine en parte. Porque no me gusta ir sola al F. B. I.

Allí declararé todo cuanto sé, y ya veremos.

—Espérame y gracias.

La rubia sonrió mientras ella cerraba la puerta del dormitorio. Una vez en él, Julia se quitó el batín, se puso un traje de chaqueta, que le sentaba como un guante, fue al espejo, se peinó rápidamente y luego tomó el bolso.

Con él en la mano abrió uno de los cajones de la mesita y sacó la «Star» del 7.75, que guardó en el bolso. Pero eso no fue todo; la otra, una «astra» española, calibre 6.35, tan pequeña que se podía meter en el bolsillo de un chaleco sin que por el bulto se notara, la guardó en otro sitio.

Luego, más reconfortada por el peso de las dos armas, regresó al «living» a enfrentarse con Dalilah. La rubia se levantó al verla preguntando:

—¿Nos vamos?

—Sí. ¿Has traído coche o has venido en taxi?

Dalilah rió tenuemente.

—En el «bus» simplemente —dijo—. Nadie tiene la suerte de cantar en «La Orquídea», ni de poder comprar un automóvil como el tuyo, Julia.

E instantáneamente ella pensó en Harry Stivens, porque aquel «Alfa Romeo» era el recuerdo de cuando él «flotaba», por decirlo así, en otros tiempos mucho mejores que los actuales.

Sí, Harry había sido siempre muy espléndido con ella. Y ahora, en los tiempos difíciles, nunca fue a su apartamento en demanda de unos dólares; ni ella se los ofreció, conociéndole como le conocía. Tan sólo una vez lo hizo por teléfono, y él contestó que había heredado u otra cosa por el estilo.

Julia no lo recordaba con exactitud, pero ahora, asociando ideas,

se preguntaba si la herencia que había recibido no había sido por ocultar de la policía a aquella Stella Deale. Y sintió celos de sus pensamientos.

Con el rostro cubierto por una máscara de frialdad para que Dalilah no adivinara cuáles eran sus pensamientos, Julia cerró la puerta del apartamento y luego pulsó la llamada del ascensor.

Una vez en la calle fue al garaje y subió al «Alfa Romeo». Dalilah se acomodó a su lado y emprendieron el camino, siempre en el más completo silencio.

Fue Dalilah la que lo rompió adivinando que ella seguía pensando en todas y cada una de las palabras que componían la historia que había contado:

—¿Sigues teniendo celos, Julia?

—Nunca los he sentido. Sé cómo es Harry. Lo sabía mucho antes de tratarle. También sé que nada ni nadie le hará cambiar —hizo una pausa y siguió—, siempre con los ojos clavados en el intenso tráfico. —¿Crees que adelantaremos algo, Dalilah?

—Seguro. El inspector Genter es un hombre muy correcto.

Julia pensó que lo era, y que tal vez de haberle contado la verdad del porqué había recibido aquella brutal paliza, ahora Harry Stivens no se encontraría en aquel aprieto, aunque verdaderamente fuera él quien hubiera escondido a Stella Deale.

Julia se preguntó con qué objeto, y luego si no estaba pensando mal del hombre que había querido desde el mismo día en que la besó delante de todo el público de «La Orquídea», recibiendo por ello dos fenomenales bofetadas.

Y lo pensó así, al ponderar que tal vez Stella Deale, como había dicho Dalilah, había sido la asesina de su propio padrastro, aunque esto contrastaba un poco con las palabras que Harry le dijo al mencionar que ella era la única heredera del difunto.

También pudo haber sido asesinada. Como hijastra de él, Stella Deale podía estar en el secreto de la venta de secretos atómicos, y el mismo que mató a Prescoe lo pudo hacer con ella, y luego esconder el cadáver donde nadie diera nunca con él.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, Julia miró de reojo a la silenciosa Dalilah.

—¿Quieres mirar si nos siguen? —preguntó.

La diablesa y otras cosas más se sobresaltó. En el acto Julia se

preguntó en qué estaría pensando, mientras ella se volvía ya para hacer lo que le había pedido.

Dalilah estuvo sus buenos cuatro minutos escudriñando el tráfico y luego encaró a Julia.

—No, no nos sigue nadie, Julia.

La respuesta llegó con la misma rapidez que un relámpago:

—¿Estás segura?

Dalilah volvió a sobresaltarse y giró el rostro. Tres minutos después volvió a mirar a Julia, replicando:

—No. ¿Por qué?

—Por nada, creí que era todo lo contrario.

Y por primera vez Julia se sintió inquieta, pensando que, por lo menos, un automóvil de la policía federal tenía que estar siguiéndola. ¿Es que el inspector Genter había decidido retirar la vigilancia a que estaba sometida?... ¿Por qué?

Hasta que recordó que Harry Stivens se hallaba detenido.

Continuó conduciendo en el más completo silencio, hasta doblar una esquina, con ánimo de alcanzar la Avenida Wabash. Entonces la desgracia cayó sobre ella en la forma de un camión «Ford» de ocho cilindros en «V».

CAPÍTULO XI

—¿Quiere decirle a su agente que me quite estos trastos, inspector Genter?

El inspector del

F. B. I.

miró a Harry Stivens con el ceño fruncido y luego los clavó en Paterson. El agente se encogió de hombros, y de nuevo Stivens sintió clavados en los suyos aquellos ojos fríos y escudriñadores.

Apenas si hacía cinco minutos que estaba allí, en plena sede del F. B. I.

donde Paterson le había llevado, y apenas dos que el inspector Genter había hecho su aparición. Nada más verle, y había soltado aquella pregunta.

Stivens no apartó los ojos de aquella mirada y, sosteniéndola, repitió:

—¿Quiere decirle a su agente que me quite estos trastos, inspector Genter?

Siguió una ligera pausa después de la cual el inspector replicó fríamente:

—Está detenido bajo la acusación de asesinato, Stivens. Supongo que Paterson le adver...

—Lamento que se equivocara, inspector —replicó con absoluta tranquilidad dejando entrever en su boca una irónica sonrisa—. ¡Quíteme estos hierros y le contaré algo curioso!

La mirada de Genter era dura en extremo.

—Me temo que tendrá que contarla sin que le quite las manillas, Stivens.

Se miraron los dos, y Stivens pensó que sería mejor no perder más tiempo. Genter estaba cumpliendo con lo que creía su

obligación, lo mismo que toda la policía de Chicago que hasta ahora le había buscado como presunto asesino.

Sonrió ante el pensamiento mientras la mirada del inspector Genter se hacía aún más dura.

—¿Puedo sentarme? La historia que tengo que contar es un poco larga, inspector.

Éste siguió mirándole durante unos segundos, y Stivens, sin perder su flemática sonrisa, se sentó. Genter pensó en el acto si no estaría en presencia de un maniático o un fresco.

—¿Qué intenta —preguntó—. Otra de sus marrullerías? Le advierto que conmigo no le servirán para nada, Stivens.

El rostro de Stivens se nubló un tanto. Calló unos segundos y luego replicó en tono mordaz:

—Para ustedes los del
F. B. I.

y para la Metropolitana, el simple nombre de Harry Stivens siempre ha sido seguido de una aureola de marrullerías, ocultación de pruebas a la policía, chanchullerías a granel, y que sé yo cuántas cosas más. ¿Me equivoco, inspector?

No; Harry Stivens no se equivocaba. Y tuvo la certeza de ello cuando Genter preguntó:

—¿Se acuerda del caso Barry, Stivens? No me dirá que ahí...

—De él quiero hablarle, inspector —cortó Stivens secamente—. Del caso Barry, que me obligó a perder mi licencia de investigador privado. ¿Sigo con la historia, inspector, o no quiere oírla?

Genter le miró atentamente. Algo en sus ojos y en su voz le dijo por primera vez que tal vez fuera mejor escucharle antes de meterle en una celda.

—Hable, Stivens —dijo en tono seco.

Se retrepó contra el asiento y empezó con la historia.

Inmediatamente Genter y Paterson, los dos que estaban con él en el inmenso despacho del primero, se mostraron interesados.

—Desde hace años, casi desde el principio, mi obsesión fue descubrir la verdadera personalidad de ese fantasma llamado Don T.

O'Sullivan.

Chantajista, espía, asesino, tratante de blancas y traficante en drogas. Sé que esto es verdad, ya que hasta el mismo

F. B. I.

lo reconoció así. Bien, pues Teddy Barry era uno de los hombres de Don T.

O'Sullivan.

Era culpable, aunque el tribunal lo absolvió. Tan culpable como yo inocente del crimen que ustedes quieren ahora colgarme a las espaldas. Yo le sorprendí llevando encima varios paquetes de «coca». Su detención me costó unos cuantos golpes. Ustedes saben que se organizó un tumulto bastante grande. En él, y sin que me diera cuenta, me robaron la «coca» y no pude presentar prueba alguna. Luego, después del proceso, cuando ya el hombre era libre, ustedes recibieron una denuncia, fueron a mi apartamento y encontraron debajo de mi colchón los cinco paquetes de «coca» que Barry llevaba en el bolsillo, y unos cuantos miles de dólares. Fui a la cárcel, se me retiró la licencia. Luego, al salir, después de tres años, se me advirtió que si quería permanecer en Chicago tenía que ser un buen chico. Nada de investigaciones por mi cuenta ni de andar con malas compañías. Había perdido toda mi carrera, todas mis amistades, y poco a poco me comí hasta el último ahorro. Pasé hambre, inspector Genter, y mucha... en algunas ocasiones. Tan sólo hubo una persona que aun sabiendo como soy confió en mí —y al decirlo, los pensamientos de Stivens fueron a la fantástica figura de Julia Emerson—. Seguí pasando hambre hasta que una noche, por casualidad asalté una propiedad privada. La de Jonathan X. Prescoe —y acto seguido contó todo lo ocurrido aquella noche—. La «Luger» la encontrarán en mi apartamento, dentro de uno de los cajones del ropero. Seguramente llevará las huellas digitales de Stella Deale y las mías. Esto también puede conceptuarse como ocultación de pruebas a la policía.



—¿Quieres mirar si nos sigue, Dalilah?

Stivens les miró a los dos, callando. El silencio siguió tenso unos cuantos minutos, al cabo de los cuales Genter replicó con una pregunta:

—¿Qué sabe de Stella Deale, Stivens?

—Tan sólo lo que le he dicho, inspector. Desapareció y no he sabido nada más de ella, aunque he sufrido una sorpresa. He

encontrado una hermana suya. Gemela según dice ella. Su nombre es Lilian y hasta hace un rato estaba en mi apartamento —miró el reloj y agregó—: La chica no tenía dónde pasar la noche por el momento.

—Bien; ¿qué fue a buscar al 899 de Ohio Street?

Stivens lo dijo sencillamente:

—Así que usted sospecha que...

—Sí —interrumpió él—. Tengo la seguridad de ello. Si me deja, dentro de unas horas les demostraré que lo que digo es verdad. Y esta vez no me robarán las pruebas.

Genter le miró pensativo.

—¿Quién mató a Prescoe?

—Don T.

O'Sullivan.

Y para matarle no mandó a ninguno de sus sicarios. Lo hizo él en persona.

—¿Quién es, Stivens?

—Permítame que me Jo calle, aunque usted ya lo sabe. Al menos eso creo después de lo que le he contado, ¿no inspector?

Genter sonrió por primera vez aquella madrugada.

—Podría obligarle a que me lo dijera más categóricamente, Stivens, pero no lo haré, como tampoco voy a soltarle hasta que acabemos con esto, y sepamos si nos está diciendo la verdad, o es otro de sus muchos trucos.

—Al parecer olvida algo, inspector —replicó Stivens en tono burlón—. Que si yo no hubiera querido, en estos momentos no estaría aquí, ni ustedes sabrían aún lo ocurrido en el apartamento de Ohio Street.

Aquello era verdad. Genter estaba pensando en esto mismo, pero no deseaba soltarle, se estaba diciéndose que tal vez fuera otra, como ya había dicho un par de veces, marrullerías de él.

—Ni aún así le soltaré, Stivens —dijo.

—De acuerdo, inspector. Deténgame. Pero antes de que me saquen de este despacho quiero decir algo que he callado hasta ahora. Cuando volvió el cadáver al despacho, Stella desapareció de él sin dejar rastro. Yo registré la casa. Había papeles que denunciaban claramente cuáles eran las actividades de Prescoe fuera de Cabo Cañaveral. Con ellos en el bolsillo me largué de

Chicago. Fui a Washington, inspector Genter. Allí tengo algunos amigos influyentes. Amigos que explicaron mi situación al Ministerio de Justicia. Creo..., creo que el asunto llegó a la Presidencia de los Estados Unidos. Si quiere ser tan amable de decirle a su agente que saque la cartera de mi bolsillo, sabrá otra de las cosas que quise callarme.

Genter le miró de manera suspicaz y luego hizo una seña a Paterson. El agente le sacó la cartera y se la dio. Genter la registró, hasta dar con un arrugado sobre que llevaba impreso el sello de la Casa Blanca.

—Ésa es, inspector. Léala, ¿quiere?

Quería, de eso no había la menor duda, y lo hizo en pocos segundos.

Luego le miró a los ojos, dobló el pliego lentamente y encaró al ahora estupefacto Paterson.

—Quítele las manillas —dijo.

—Y que me devuelva mi pistola. La lleva en el bolsillo, inspector.

Éste ordenó también aquello y luego encaró a Stivens mirándole con ojos en los cuales había algo de rencor.

—Debió de presentarse al

F. B. I.

para darle cuenta de esto, Stivens —dijo—. ¿No se da cuenta que buscándole a usted nos ha hecho perder mucho tiempo, que nos hizo seguir una pista completamente falsa?

Con las manos libres, frotándose las muñecas, Stivens replicó:

—Yo no podía hacerlo. Tampoco me dijeron que lo hiciera. Por tanto, ¿qué les iba a contar? ¿Que seguía siendo un detective privado? ¿Que estaba investigando este asunto con el visto bueno de Washington? Si ellos no avisaron de manera oficial, tampoco lo podía hacer un marrullero como yo, inspector.

—Resentido, ¿no?

—¿Qué haría usted en mi lugar, Genter?

Lo dijo guardando el arma en la funda de la axila. Entonces se puso en pie. Genter, sin replicar a su pregunta, preguntó a su vez:

—¿Qué piensa hacer?

Stivens sonrió.

—Antes de la madrugada de mañana, tendrá al asesino de

Prescoe, inspector. Y ojalá no fracasase. Como ha visto por ese papel, el período es de prueba durante dos meses. Si no lo descubro en ese tiempo...

Stivens no dijo más ni hacía falta. Tampoco en su relato mencionó los quince mil dólares que había recibido de manos de Stella Deale. Pensando en esto mismo, giró sobre sus pies y fue hacia la puerta sin que ninguno de los dos hiciera nada por impedirlo. Pero al llegar a ella Genter hizo una pregunta:

—Usted tardó mucho en regresar de Washington. ¿Por qué, Stivens?

Sonrió mirándole.

—Recuerda a Belinda Donovan. Era la chica de Barry, y Barry murió en un accidente el año pasado. Lo leí en un periódico de Chicago. La noticia también decía que Belinda había abandonado la ciudad para dirigirse a Washington. Tardé veinte días en localizarla en una casa de modas de la Quinta Avenida. La muchacha trabajaba con nombre supuesto, y yo no he dicho nada. Para mí, que trabaje con el que quiera. Tres días me costó el que me contara algunas de las cosas que yo quería saber. Cuando lo conseguí le hice un regalito y me vine para acá. Eso es todo.

Y salió rápidamente dando un portazo antes de que pudieran preguntarle nada más.

Genter y, Paterson se miraron unos minutos en el más completo silencio.

—¿Ahora qué, inspector?

Éste reaccionó como era su costumbre.

—Coja el teléfono y que sigan a Stivens a donde quiera que vaya. Retire los hombres que vigilan el apartamento de *miss* Julia Emerson y que vengan aquí. Ellos, y todo el personal disponible. Stivens se va a meter solito en la boca del lobo, y si le pasa algo no quiero ni pensarlo. Cualquiera aguanta después el rapapolvo de Washington. ¡Que no lo pierdan de vista! ¡Dese prisa, Paterson! —Y cuando éste salía corriendo le llamó—. ¡Ah! Se me olvidaba; mande a dos agentes al apartamento de Stivens y que despierten a Lilian Deale. Tráiganla aquí. Antes de empezar a actuar necesitó hablar con ella.

Paterson le miró unos segundos y luego salió disparado por la puerta.

Genter se sentó en el sillón y fijó los ojos en el que antes había ocupado Harry Stivens. Luego sonrió ante el patinazo que habían cometido en el caso de Barry, ya que ahora no dudaba de lo que él había dicho, y su sonrisa no tuvo nada de agradable, ya que lo estaba lamentando.

Y es que al inspector Genter no le gustaba tener en un brete, durante años, y menos en la cárcel, a un inocente. Menos mal que en aquel caso no había intervenido él, ni directa ni indirectamente. Pero la cosa le dolía. Tanto por Stivens como por el

F. B. I.

Y también comprendía la actitud de éste ante sus preguntas.

CAPÍTULO XII

Amanecía cuando Stivens salió a la calle. Iba sonriendo alegremente, y lo hacía así, por primera vez en algún tiempo. Ahora tenía todos los hilos de la trama en sus manos y no pensaba dejar escapar ninguno.

Por tanto, pensando en esto, y como viera que Chicago empezaba a despertar, buscó con la vista un taxi. Pero no lo encontró hasta veinte minutos después.

Subió él y se hizo conducir a su apartamento. Iba a conversar con Lilian Deale sobre un asunto que se le había ocurrido. Media hora más tarde estaba frente a la puerta de su apartamento.

Metió su llavín en la cerradura y abrió. Pero lo hizo llevando la automática en la mano, y no por Lilian, sino porque seguía sin fiarse de nadie. Y no se fiaría hasta que aquel asunto estuviera completamente resuelto.

Encendió las luces, atravesó el «*living*», y antes de llamar a la puerta de su dormitorio supo que Lilian, o la Venus de bolsillo, no estaba allí.

Nítidamente, y sobre la mesa del tresillo, vio aquella hoja de papel. Muy lentamente se acercó a ella y la tomó.

«He preferido buscar alojamiento por esta noche, querido —decía—. Mañana, o sea, hoy mismo ya que son las dos de la madrugada, sobre las doce, te espero en la quinta de mi padastro. Allí te revelaré algo que no te quise decir. Preferí tus besos a otra cosa cualquiera. ¿Vendrás? Tuya siempre, Lilian».

Stivens la leyó una y otra vez hasta que se cansó. Luego abrió el mueble-bar, buscó algo de alcohol y con él en la mano consultó el reloj.

Las siete y veinte de la mañana. Stivens tomó un trago y luego

se afeitó. Hecho esto regresó al «*living*» y se tendió en el sofá con un frunce en su frente.

Así le sorprendió la insistente llamada al timbre de la puerta. Con la automática en la mano se acercó. Miró a través de la mirilla y sintió asombro al distinguir entre los cuatro hombres que allí había al agente Paterson.

Abrió, encarándose con ellos, no sin antes haberse guardado el arma, y pensando al mismo tiempo qué diablos le habría pasado al inspector Genter para mandarle detener de nuevo.

Se apartó de la puerta.

—Pasen —dijo, y encaró a Paterson—. ¿Me buscaban a mí?

El federal estaba desconcertado. Claramente, lo advirtió Stivens. Se le notaba que no sabía cómo empezar. Que estaba sorprendido al encontrarle a él allí. Tal vez pensaba en Julia Emerson.

—No... A usted no, Stivens. Pero...

Salió en su ayuda.

—No me diga que busca a Lilian Deale porque no me lo creería, agente —replicó.

—Sí. El inspector Genter me dijo que tenía que hablar enseguida con ella. Que le rogáramos que viniera con nosotros. Cosa de rutina, supongo. ¿No está?

—No —replicó Stivens—. Al parecer se marchó poco después que saliera yo para encaminarme a Ohio Street —vio la duda en los ojos del agente y agregó—: Puede pasar y buscarla si no me cree.

—No llevo mandamiento judicial, Stivens, y usted lo sabe.

Rió silenciosamente y luego abarcó con un amplio ademán de sus brazos el interior del apartamento.

—Tiene mi permiso. Con eso basta, y sin marrullerías judiciales. No voy a ponerles una denuncia por allanamiento de morada, agente.

Y volvió a reír, aunque esta vez su risa no fue tan silenciosa como antes.

Paterson le miró de través y luego entró. Los otros tres, completamente silenciosos, se mantuvieron junto a él, mientras pensaba que el inspector Genter sabía hacer las cosas aprisa, aunque aquella vez, lo mismo que él, hubiera llegado un poco tarde.

Diez minutos después, Paterson regresó.

—Perdone, Stivens —dijo—, pero no tenía más remedio que

obrar así. El inspector Genter me dio a entender que esa gemela podía ser una pieza muy importante en este problema.

—Por lo visto no cree que se lo voy a dar resuelto antes de pocas horas, ¿no?

—No lo sé. No me dijo tanto. El inspector Genter nunca ha sido muy explícito.

Stivens sonrió y le tendió la mano. Era una despedida y Paterson lo adivinó. Se la estrechó, dio los buenos días y se marchó. Pero una vez en la calle dejó a dos hombres con órdenes de seguir a Stivens a donde quiera que fuera.

Entretanto, éste volvió a tenderse en el sofá, donde muy a su pesar se quedó dormido. Despertó a las seis de la tarde. Miró el reloj y se puso a maldecir como un loco. Después fue al cuarto de baño, se duchó, y acto seguido telefoneó a Julia.

Con el rostro tenso, Stivens escuchó a través del auricular los insistentes timbrazos del otro lado de la línea.

Estuvo con él en la mano más de tres minutos, y luego ahorquilló, quedándose pensativo.

Y súbitamente le entró la prisa. Tomó el sombrero del perchero y se lo puso, cerró con llave el apartamento y diez minutos más tarde se encontraba en plena calle, caminando por la acera, sin importarle para nada los innumerables peatones que circulaban por su lado.

Su mirada estaba perdida en el intenso tráfico, en espera de poder ver un taxi. Tenía prisa por alcanzar el apartamento de Julia Emerson. Con pasos largos se acercó al borde de la acera y caminó por él cosa de diez yardas. Luego se detuvo. Y fue en aquel momento cuando algo duro se apoyó en su espalda mientras que un largo «Nahs» despegaba del bordillo para acercarse a él.

—Será mejor que no hagas tonterías, Stivens. El jefe quiere verte.

Éste se inmovilizó un segundo, el quinto del siguiente disparó el codo hacia abajo. La automática cayó al suelo cuando ya las portezuelas del «Nash» se estaban abriendo.

Stivens oyó una maldición y no esperó a más. Apuntaló la puntería del pie izquierdo contra el suelo y se volvió en redondo lanzando al mismo tiempo el puño derecho.

El «gángster» recibió el bestial trompazo en plena mandíbula,

viéndose lanzado hacia atrás, fuera de la acera. Su cuerpo rodó por el asfalto. Se oyó al instante el chirrido de unas cubiertas cuando el conductor quiso frenar en seco; pero fue demasiado tarde. El cuerpo del «gángster» quedó aplastado bajo las ruedas de un enorme camión.

Todo esto en menos de un segundo, y mientras el movimiento del joven se veía cortado por un fenomenal golpe en la nuca. Antes que tocara el suelo, con el último pensamiento consciente de que había sido un necio al no comunicarlo todo al inspector Genter, el cuerpo de Stivens se vio arrastrado al interior del «Nash» mientras en la calle empezaba a organizarse el tumulto.

El «Nash» arrancó como una centella, y cuando los agentes del F. B. I.

llegaron al lugar del suceso, se vieron detenidos por los hombres y mujeres que formaban una muralla humana en medio de la calzada interrumpiendo el tráfico por completo, y mirando el cadáver, horriblemente destrozado, del «gángster».

Cuando pudieron salir del atasco, el automóvil que se llevaba a Stivens había desaparecido por completo.

* * *

Le pareció primero que estaba rodando, luego que se encontraba en un barco y que éste cabeceaba de manera horrible. Después sus ideas se hicieron más claras, y se dio cuenta de que se hallaba tendido en el fondo de un automóvil y de que éste corría a buena velocidad.

No sabía el tiempo que había permanecido inconsciente, ni por dónde iba, aunque creía adivinar casi con seguridad a donde era conducido.

Stivens abrió los ojos y miró. Había tres gorilas junto a él, y uno de ellos, cuyas manos sostenían una peligrosa «Thompson», era nada menos que el atildado Latimer.

A los otros dos, cuyas manos estaban ocupadas por sendas pistolas, una de las cuales era la suya propia, no les conocía. Se removió un poco y en el acto los ojos de los tres se clavaron en él.

—Hola, fisgón. Al fin te cazamos, ¿no?

Stivens sonrió, lo que le valió una punzada en el cerebro que se

la cortó en el acto.

—¿Un paseo?

—¿Has oído eso, Mack? —replicó Latimer mirando de soslayo a un hombre de aspecto patibulario, cara brutal y picado de viruelas, cuyos ojos no se apartaban ni un segundo de la cara de Stivens, para casi en el acto agregar, pero ahora dirigiéndose al joven—: ¡Diablos, no, marrullero! Aunque no es por mi gusto. Simplemente que el jefe quiere verte. Tú le verás también y eso es... la muerte para ti, fisgón.

Y Latimer rió secamente, siendo coreado por los otros dos.

—¿Don T.

O'Sullivan,

Latimer?

Stivens podía llamarle por su nombre, ya que le había visto multitud de veces en «La Orquídea».

—Cierra el pico y ya lo sabrás, cerdo.

La respuesta vino del otro individuo. Alto, casi tanto como Latimer, y tan elegante en el vestir como el propio Stivens, cuando tenía unos cuantos dólares en el bolsillo, claro.

El pelo, completamente negro y los ojos también. Los labios finos y un tanto crueles. La sonrisa que ahora tenía en ellos era harto canallesca.

Stivens escupió en el suelo por toda respuesta. Y la patada que recibió en plena rodilla, que le hizo hacer una mueca de dolor, fue también la respuesta que le dio Jim Brando ante la risa de Latimer y de Nick Mack.

Stivens calló, por tanto. Sus pensamientos fueron a Julia y al F. B. I.

dándose cuenta de que estaba en un callejón sin salida.

Poco a poco cambió de postura hasta conseguir ponerse de costado.

—Sigue moviéndote y te meteré un balazo en un remo, fisgón.

Stivens tampoco replicó, y siguió sumido en sus propios pensamientos, de los que salió bruscamente cuando el «Nash» se detuvo casi en seco. En el acto oyó como se abrían las portezuelas. Luego salieron Mack y Brando. Latimer le clavó la «Thompson» en el pecho.

—Baja, rata. Y no hagas algo sospechoso si no quieres que te

agujeree el pellejo.

Stivens se levantó lentamente y luego salió. Cuando sus pies tocaron el suelo, y antes de que hubiera tenido tiempo de saber con certeza dónde se encontraba, Mack le golpeó la nuca con una porra, con la cual había sustituido la automática.

Y por segunda vez aquel día, Stivens perdió completamente el conocimiento, si bien esta vez no pensó en el

F. B. I.

Tal vez porque no le dieron tiempo para ello, claro.

CAPÍTULO XII

Alguien le estaba tirando agua y alguien también le estaba golpeando la cara con una toalla, de forma salvaje e insistente.

Esto fue lo que pensó Stivens tres o cuatro segundos antes de estremecerse. Casi en el acto, hasta su embotado cerebro llegaron unas palabras:

—Déjale ya, Latimer. Míster Stivens se está recobrando ya...

Oyó los pasos de éste cuando se retiraba, pero no abrió los ojos. Estaba recobrando fuerzas. Ahora, ya nadie le golpeaba, el agua también había dejado de caer sobre él.

Stivens, suspiró, pero quedó completamente inmóvil durante unos segundos. Luego volvió a suspirar y abrió los ojos, ya en el completo uso de sus facultades.

Lo primero que supo es que se encontraba en un sofá. Lo segundo que no era la primera vez que estaba en el interior de aquel «*living*», sino la segunda, y lo tercero y cuarto que estaba materialmente empapado en agua y que la cabeza parecía como si la tuviera completamente vacía.

Lentamente, con inmenso trabajo a los ojos de los demás, claro, se levantó hasta quedar sentado. Miró en torno y no pudo evitar un respingo.

Y es que Julia Emerson estaba allí. Con moraduras en el rostro, completamente despeinada, la blusa hecha un puro jirón, la falda y el negro can-cán

que había debajo completamente destrozado. En sus ojos había un inmenso terror, y también, cómo no, una intensa preocupación.

Stivens comprendió que esto último era por él, y se le agradeció en lo más profundo de su corazón. Y fue precisamente al verla

preocupada por él, cuando sintió deseos de salir de aquel atolladero. ¡Pero por ella, sólo por ella!

Pero nada en su semblante lo reveló. Por tanto, Julia no supo nunca que fue precisamente en aquel momento cuando conquistó por entero el corazón del hombre que para ella lo era todo.

Latimer, Mack, Brando y otro más al que no conocía, llamado Red Teal, y que según calculó sería el hombre que al volante del Nash, le había llevado hasta allí, estaban en el «*living*» frente a él.

Y también había dos mujeres más. Dalilah, que mostraba en su rostro algunos arañazos, y... ¡La Venus con mayúscula, en edición de bolsillo con minúscula! ¡Lilian Deale, sentada en uno de los sillones!

Latimer estaba junto a ella. Por su parte, la mujer, tenía las piernas cruzadas en forma desenfadada sin preocuparte ni poco ni mucho de si había más de una mirada indiscreta.

Encima de la mesita junto a la cual se sentaba, había una automática de pavoroso aspecto, un bolso y el cenicero. Ella estaba fumando un largo cigarrillo con boquilla de color ámbar, de manera lenta y estudiada, sin perder de vista ninguno de los movimientos de Latimer, mientras que una tenue sonrisa bailoteaba entre sus hermosos labios.

—Estamos todos, ¿no?

La pregunta surgió de repente en boca de Stivens. «Venus» se retrepó contra el respaldo del sillón y levantó aún más las faldas.

Pero los ojos de Stivens estaban fijos en su cara. Como no replicara formuló otra pregunta:

—Stella Deale, ¿no?

—Eres muy listo, Harry Stivens —replicó ahora ella—. Por eso estás aquí.

—Vas a mandar que me maten, ¿no, Don T.

O'Sullivan?

Stella Deale se irguió en el sillón como si la hubieran golpeado. Su boca, hasta ahora sonriente, se crispó en una mueca. Dalilah y Julia se estremecieron al verla, y más que por esto por el brillo satánico que había en sus ojos.

—Quizá... lo haga. Eso depende de ti, Harry.

Stivens sonrió como lo pudiera haber hecho un conejo.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, ricura?

Ella le miró atentamente. Fue a decir algo y Latimer la interrumpió.

—¿Por qué no acabamos de una vez? —preguntó—. Esa rata ya sabe demasiado.

Stella la dejó acabar. Luego habló sin apartar los ojos de Stivens:

—Sujeta la lengua mientras yo esté aquí, Latimer. Harry quiere saber cómo empezó esto y yo se lo voy a decir... No creo que le sirva de mucho. El y su gatita, seguramente, se irán al infierno después. ¿No es así, Harry? ¿Tú quieres saberlo todo, no?

Había burla en sus palabras, pero Stivens asintió con la cabeza.

Stella Deale paseó sus ojos brillantes por toda la concurrencia. Luego empezó, pero mirando a Stivens y después de haber aspirado una gran bocanada de humo de su cigarrillo:

—Todo empezó cuando murió mi madre, la cual se casó en segundas nupcias con Jonathan X. Prescoe. Yo, ya estaba marcada por aquel entonces. Dicen que siempre fui mala y difícil de manejar. Mi padrastro sabía esto; por eso se equivocó conmigo al zaherirme siempre burlándose de mi físico. Lo había hecho en vida de mi madre, y cuando ella murió lo siguió haciendo aún más, de manera despiadada. Creo que sabía que desde que se casaron yo le odié y él me pagaba en la misma moneda. —Stella calló unos instantes para mirarlos a todos y después siguió—: Miles de veces le pedí unos cuantos dólares para arreglar mi cara, y miles de veces él se burló de ello... Por esto nació Don T.

O'Sullivan.

Recuerdo la primera vez que le robé. Fueron mil dólares y él no se dio cuenta. Entonces pensé seguir robando, pero haciendo que los demás lo hicieran por mí. Contraté a algunos hombres y me dediqué a averiguar las vidas ajenas, a buscar en el seno de las familias todo lo sucio que había y a sacar dinero por el silencio. El que me estorbaba..., los muertos no hablan nunca, Harry.

»Después, de la misma manera vino la morfina, la cocaína... y toda clase de drogas —miró burlonamente a Stivens y siguió—: Fuiste listo al atrapar a Barry, pero no te sirvió de nada. Tú no podías luchar contra los dólares que yo tenía, Harry. Bueno, eso no importa ahora. ¿Verdad? Por tanto, voy a seguir.

»Mi padrastro venía muy a menudo a esta quinta. Y siempre que lo hacía recibía visitas de hombres. Todos ellos tenían un tipo

inconfundible. Se metían en el despacho y pasaban horas y horas hablando. Esto me hizo sospechar y le vigilé. Aprovechando su ausencia me hice instalar, dentro del ropero de mi dormitorio, un teléfono anexo a la línea principal. De ese modo empecé a enterarme de todo cuanto hablaba. Una noche, sacó unos planos de Cabo Cañaveral y se los dio a un individuo para que se los llevara. Uno de mis hombres, Latimer en este caso, le salió al paso y se apoderó de ellos. Luego Don T.

O'Sullivan

presionó a mi padrastro —y Stella rió causando un nuevo escalofrío en la espina dorsal de Julia, que la miró con los ojos desorbitados—. De esta manera empezó a soltar todos los dólares que en más de una ocasión me negó.

»Pero llegó un momento en que la vigilancia en Cabo Cañaveral se hizo más intensa, tanto, que mi padrastro tuvo miedo y no siguió llevándose más secretos atómicos. Pero seguí pidiendo cada vez más, hasta que él se dio cuenta que no tenía bastante para cubrir sus necesidades y pagarme a mí. Entonces se negó a pagar. Así día tras día. Le amenazamos de muerte y él dijo que avisarla a la policía, que le daría cuenta de todo aunque acabara frente a un pelotón o en la silla eléctrica.

»Al principio no le creí, hasta que aquella noche, le sorprendí escribiendo en su despacho. Tenía la carta sin terminar cuando yo le llamé desde mi dormitorio —señaló con la mano el teléfono y siguió—: En el despacho no lo hay. Por tanto, mi padrastro tenía que venir aquí para contestar. Lo hizo, y cuando levantó el auricular de la horquilla, yo fui al despacho. Era una carta para la policía diciendo que se iba a suicidar antes de verse frente a un tribunal. Le esperé, dejé que se sentara y le maté. ¡Toda mi vida recordaré la expresión de su rostro cuando le dije que iba a liquidarle! Creyó que nos acusaría impunemente, sin saber que yo estaba enterada de sus planes.

Stella rió y sus ojos se hicieron más brillantes.

En los de Julia había horror. Y en los de los cuatro «gangsters», incluyendo a Latimer, una completa indiferencia. Dalilah sonreía y al mirar aquella sonrisa Stivens tuvo la intuición de saber a qué obedecían aquellos arañazos y los golpes que presentaba Julia en el rostro, así como sus destrozadas ropas. Porque las suyas tampoco

estaban en perfecto estado.

Miró a Stella y preguntó:

—¿Fue por eso por lo que asesinaste también a Roger? ¿Sloan? Porque fue él quien te operó dejándote el otro lado de la cara sin señal alguna, ¿no es así, Stella?

Ella rió como una diablesa, con lo que la rubia Dalilah quedó a la altura de una zapatilla.

—Sí —replicó.

—¿Por qué fuiste a mi apartamento, Stella?

Nueva risita.

—Tenía la intención de matarte yo misma. Pero tú saliste en el acto. ¿Por qué?

Stivens miró a Julia, con lo que Stella Deale tuvo la contestación sin necesidad de palabras.

—Un tierno idilio —dijo con zumba— que yo pienso cortar y por culpa tuya, Harry. Si tú no la hubieras mandado que siguiera los pasos de Stella Deale, a través de todo Chicago, Julia Emerson seguiría cantando en «La Orquídea» hasta que se muriera de vieja. Ahora no es posible, sabe demasiado. Y... le estoy agradecida a Dalilah por haberla traído aquí, o mejor dicho, por llevarla hasta donde un camión «Ford» le destrozó su «Alfa Romeo». Lo demás fue fácil. Vas a morir junto a ella, Harry Stivens, y contigo morirá también Don T.

O'Sullivan.

Esto quedará resuelto esta noche. Ya hemos ganado bastante para poder retirarnos. Pero antes deseo que me digas dónde están los papeles que sacaste del despacho.

Stivens la miró mientras que la silenciosa Julia se preguntaba cómo podía seguir la conversación con aquella tranquilidad a pesar de que se estaba ventilando su suerte. ¿Es que no tenía nervios?

Julia interrumpió sus pensamientos cuando le vio hacer un gesto con la mano, mientras las automáticas le apuntaban. Luego le oyó decir:

—Espera que aún hay algo más, Stella. ¿A qué se debe el paseo que me obligaste a dar con aquel fiambre?

Nuevamente la risa de ella se dejó oír.

—¿Te preocupa eso? —preguntó—. Pues es bien sencillo. Me estorbaba aquí y por eso te propuse el negocio sabiendo que en la

situación que estabas aceptarías. Y si no, picado por tu curiosidad. Dentro de los bolsillos había más de diez mil dólares en «coca». Y créeme, Harry, fue divertida la idea de que fueras tú quien la trasladara a Chicago. Si te cogía la policía estabas listo con tus antecedentes. Si no, los hombres que iban detrás de ti tenían órdenes de liquidarte tan pronto como soltaras el cadáver. Pero no pudieron hacerlo. Fuiste muy aprisa, y había un policía junto al automóvil.

»Me telefonearon desde la misma cabina, sacaron la “coca”, la entregaron y devolvieron el cadáver a la quinta. ¿Satisfecho? ¿Dónde están esos papeles?

Stivens no lo estaba, aquella historia le sonaba a absurda. Fue a decirlo cuando la, hasta ahora, silenciosa Julia se levantó gritando:

—¡No es cierto, Harry! ¡Está mintiendo! Ella es...

Mack estaba muy cerca. Sólo tuvo que avanzar un paso y soltar un trallazo que Julia recibió en un lado de la cara. Se desplomó como un fardo a los pies de Dalilah, que no se movió.

¡Y allí fue Troya!

Porque Stivens se puso en movimiento con el mismo ímpetu que una apisonadora.

Saltó sobre Mack tomándole de la muñeca armada y mediante una llave de judo lo lanzó por el aire. El «gángster» salió volando por los aires y tropezó con Stella y su sillón, Stella y Mack voltearon aparatosamente en confuso montón.

Y tampoco esta vez Stivens miró las maravillosas piernas apuntando hacia el techo. Tal vez porque estaba distraído o tal vez porque en aquel momento se estaba moviendo hacia Brando.

Pero éste tampoco sé quedó quieto, sino que levantó la porra ya que en el acto se había cambiado la pistola a la mano izquierda y la dejó caer.

Stivens la vio bajar y se ladeó. Lo hizo rápidamente, pero no por ello pudo evitar que ésta le alcanzara de refilón en la cara y luego le golpeará aparatosamente el hombro.

Vaciló sobre sus pies justo en el momento en que Latimer intervenía. El trallazo que soltó le alcanzó en medio de la cara. Dio un par de pasos atrás y Brando extendió la pierna. El resultado fue que Stivens cayó cuan largo era junto a los pies de Julia, la cual se mantenía inmóvil bajo la amenaza de su «Star» empuñada con

mano firme por Dalilah cuya expresión era verdaderamente la de una diablesa.

Stivens sacudió la cabeza mientras Dalilah decía secamente:

—Siéntate, Julia. Comprenderás que me da lo mismo matarte ahora que luego. Pero Stella tiene que hablar aún.

Obedeció en silencio mientras Stella, levantada ya, y con la automática encarada preguntó:

—¿Dónde están esos papeles, Harry?

—¡Vete al diablo, Stella! Eso no lo sabrás nunca.

—Mack, Brando...

Eso fue todo; como dos gorilas (lo que eran) se lanzaron contra él.

Stivens recibió un enorme patadón que le alcanzó en los riñones y luego un formidable puñetazo en mitad de la espalda.

Jadeó enterrando la cara en la alfombra, para recibir casi en el acto otra patada que le metió bajo las piernas de Julia.

—Basta por ahora.

Se inmovilizaron ellos y Stivens clavó sus ojos turbios en la mujer.

—¿Dónde están esos papeles, Harry? Piensa que no me gusta estropearle el físico al único hombre que me ha besado —y al decirlo con manifiesta ironía miró de frente a Julia, que no apartó sus ojos de los de ella, y calló—. ¿Dónde los guardaste?

Pero Stivens no la oyó por la sencilla razón de que Julia estaba moviendo los labios y susurraba tan quedo que a pesar de tener a Mack y a Brando a dos pasos de distancia no la oyeron:

—En mi liga, querido.

Ni un quinto de segundo tardó en comprender lo que ella quería decir. Por tanto, se puso a gatas, como intentando incorporarse mientras los dos «gangsters» le encañonaban. Ladeó la cabeza como queriendo mirar a Stella, pero lo que vio por encima de ella fueron las piernas de la muchacha y algo más, alargó la mano como si quisiera sujetarse a ella para levantarse y en el acto oyó las risas de los tres, incluyendo a Latimer.

Crispó el rostro en una mueca de dolor y los oyó reír de nuevo, pero él ya tenía su mano engarfiada en la negra culata de la «Astra» española. Una pistola de pequeño calibre pero que a aquella distancia podía producir resultados catastróficos.

Y los produjo, porque Stivens no tuvo piedad alguna. Súbitamente todo su malestar, toda su pesadez de movimientos, desaparecieron por completo. Marck y Brando sólo tuvieron tiempo de ver el negro cañón que les apuntaba y luego nada más.

Ambos rodaron con un agujero en la frente. Pero Stivens no esperó a más, se lanzó al suelo y el balazo que contra él disparó Stella y Latimer le rozó los cabellos precisamente en el momento que Julia decía:

—¡Maldita gata!

Stivens sólo la oyó, luego no supo, no la vio cómo se lanzaba contra Dalilah y que ambas rodaban en confuso montón arañándose y mordiéndose ferozmente ya que de resultas del encontronazo la segunda había perdido el arana que llevaba.

Porque él estaba disparando ahora, casi a boca de jarro contra Latimer, el cual se vino al suelo sin un gemido. Luego, mientras que la bala de Stella le arrancaba el lóbulo de la oreja, dijo:

—¡No dispaes, preciosa!

Y acto seguido le metió un plomo en un hombro. Stella vaciló, dio media vuelta y cayó al suelo perdiendo la automática. Stivens la recogió y encaró a las dos mujeres. Y por primera vez no quiso mirar mucho a ninguna de ellas. Simplemente dijo:

—¡Suéltala, Julia! Y tú, Dalilah, por el diablo que si no te estás quieta te meto un balazo en medio de los sesos.

Las manos de Julia, agarrotadas sobre la garganta de Dalilah, se aflojaron. Luego, muy lentamente, y reflejando pesar en sus ojos, se separó de ella y se situó al lado de él. Entonces suspiró con alivio; luego miró en torno mientras Dalilah, en el suelo, empezaba a respirar cada vez con menos trabajo.

—Mira a ver qué tiene ésa, pero con cuidado.

Ésa era Stella Deale. Julia se movió felinamente hacia ella, pero sólo pudo dar dos pasos. Súbitamente la puerta del vestíbulo se abrió con violencia y en el acto se llenó de hombres armados.

Stivens vio frente a ellos a las figuras del inspector Genter y del agente Paterson. ¡Aunque un poco tarde, bien por el F. B. I.!

Y lo pensó cuando Genter estaba mirando a Stella Deale, que ahora, sostenida por un par de agentes, clavaba sus ojos asesinos en la figura de Stivens.

Genter dijo:

—Stella Deale, ¿no, Stivens?

—Sí.

—Queda usted arrestada por...

Julia se metió por medio y entonces soltó la bomba, y ahora no hubo nadie que la hiciera callar.

—Ésa no es Stella Deale, inspector —dijo, ante el estupor del propio Stivens—. Su verdadero nombre es Lilian Deale E... era la hermana gemela de Stella. La historia que contó —y ahora se dirigía a Stivens— es verdadera, sólo que invirtiendo los papeles. Hablaron delante de mí sin recato alguno sabiendo que me quedaban horas de vida. Ella es verdaderamente Don T.

O'Sullivan.

Ella fue la que mató a Prescoe, parte por odio ya que nunca la tragó cuando era niña por su carácter maligno. Ella fue la que asesinó a Rogers Sloan porque supuso que su hermana se había puesto en contacto con él sabiendo que le llevaría más barato por la operación que yo no yendo a una clínica. Ella fue la que hizo devolver el cadáver a la quinta, con el solo objeto de aterrorizar a Stella. Pensaba sacarle más dólares amenazándola con denunciarla a la policía como cómplice de Prescoe. Y la aterrorizó, aunque no en la forma que ella creía. Como cosa lógica Stella les vio llegar, creyó que era Harry quien regresaba hasta que se dio cuenta de que el automóvil no era un «Buick». Entonces salió a la calle por la puerta trasera. Lilian estaba allí. Forcejearon y Stella dijo que la denunciaría a la policía si no la dejaba en paz. En lo más agrio llegó Latimer y la mató. Eso..., eso es todo.

—¡Maldita perra!

Y a pesar de su herida, Lilian intentó saltar sobre ella. Los dos agentes se la llevaron casi arrastrando. Minutos más tarde Dalilah seguía el mismo camino.

* * *

Tres días después, Julia volvía a cantar en «La Orquídea». Y estaba nerviosa porque, entre unas cosas y otras, sólo había visto un par de veces a Harry Stivens.

Cuando el proceso, el mismo día, que terminó con la condena de

Dalilah a treinta años de prisión, y la muerte de Lilian Deale en la silla eléctrica. Después nada.

Terminaba su actuación siempre con la mirada clavada en la puerta. Al acabar, saludó a la numerosa clientela y entre una nube de aplausos, subió a su camerino.

Y no gritó cuando le vio sentado en uno de los sillones con el largo cigarrillo en los labios. Fue a él y le besó. Se sentó a su lado con los ojos relucientes e hizo la única pregunta que a ella le interesaba:

—Ya terminó todo, querido. ¿Y ahora...?

Stivens sabía lo que quería significar con aquella pregunta.

—Ahora tengo una lluvia de cartas en mi apartamento. Ahora, como dice Genter, es cuando vuelvo a ser el de antes. Y aún mucho mejor. Estoy consagrado definitivamente como investigador privado, Julia. Y otra cosa. He intentado devolver los dólares que me dio Stella Deale, y no me los han querido. El F. B. I, opina que, como me los dio ella, son completamente míos. Y aún hay más, encontraron el cadáver de Stella donde tú dijiste durante el proceso, bajo los árboles que hay detrás de la quinta. Hubo que desenterrarlo...

Se miraron a los ojos unos segundos.

—¿Tienes algo de beber, Julia?

Ella sonrió. Luego, de uno de los estantes del ropero trajo junto a él una botella de *whisky* y un vaso, que llenó hasta los bordes. Stivens lo bebió de un trago y luego dijo con extraña entonación:

—¿Sabes, Julia? Te asombrarías si te dijera el número de países que estaban complicados en la compra de los secretos atómicos de Cabo Cañaveral. Te caerías de espalda. Con decirte que hasta ha intervenido la Interpol, tengo bastante —y como viera que ella le miraba, sin al parecer interesarle otra cosa que no fuera él, dijo—: Bueno, Julia, a partir de esta noche cesa tu actuación en «La Orquídea».

Ella le miró arqueando una de sus bonitas cejas.

—¿Y eso? —preguntó.

—¡Diablos! A ningún marido le gusta que su mujer esté de cantante aunque el lugar sea como éste. Llevo una licencia especial en el bolsillo. Esta noche...

—¡Harry...!

—Esta noche podremos casarnos, si tú quieres. En cuanto salgas de aquí. No sé qué tal te sen...

Ella no le dio tiempo para más, ya que en un segundo estuvo en sus brazos.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.